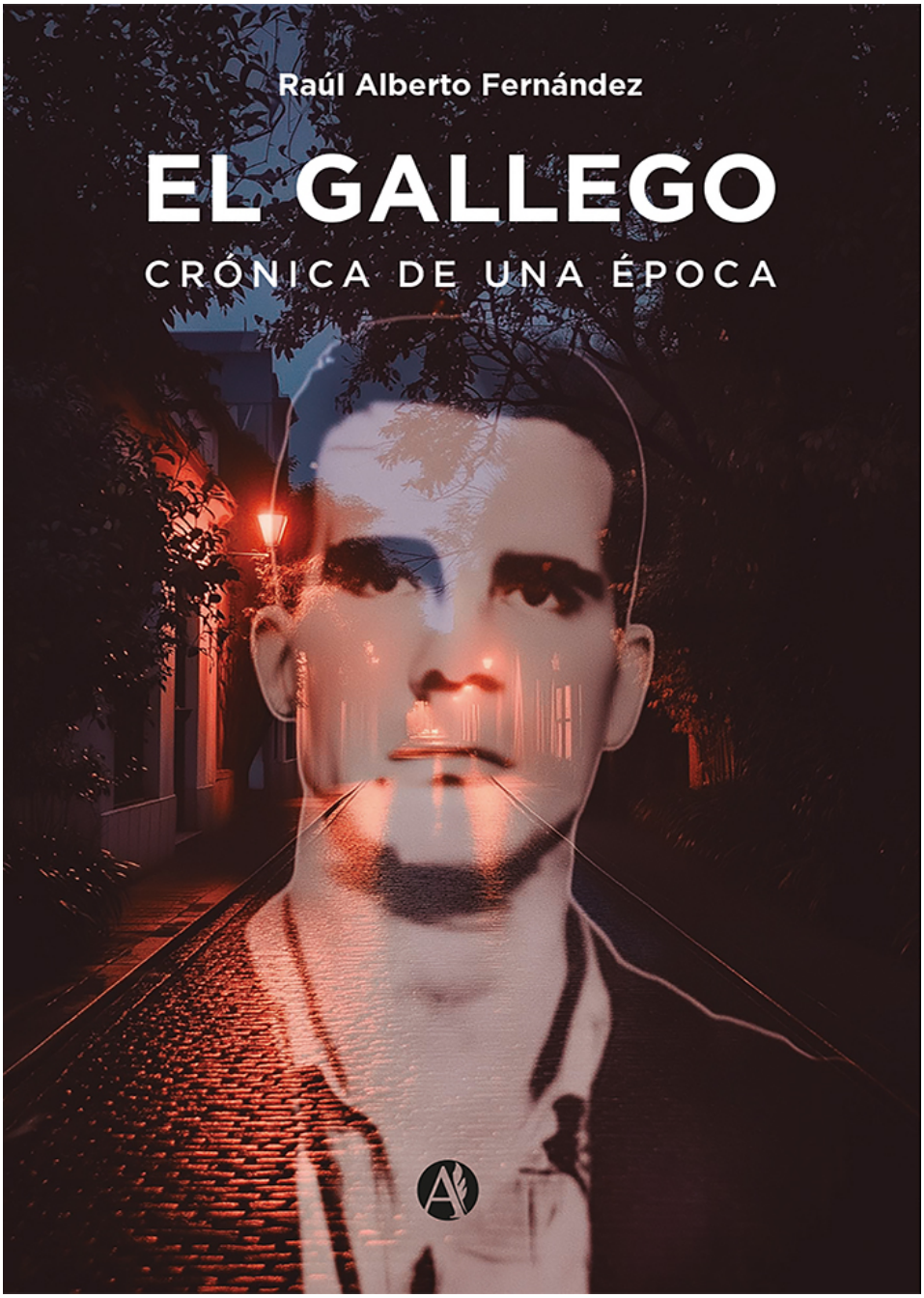
Raúl Alberto Fernández
EL GALLEGO
CRÓNICA DE UNA ÉPOCA

RAÚL ALBERTO FERNÁNDEZ

EL GALLEGO

Crónica de una época

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Fernández, Raúl Alberto
El gallego : crónica de una época / Raúl Alberto Fernández. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2026.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-87-7578-4

1. Narrativa. I. Título.
CDD A863

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA
www.autoresdeargentina.com
info@autoresdeargentina.com

Tabla de contenido

PRÓLOGO
1 - VETÍN
2 - TIEMPOS VIOLENTOS
3 - DEVOTO
4 - TRELEW
5 - OPERACIÓN PONIATOWSKI
6 - OPERACIÓN MERCURIO
7 - EL FINAL
Agradecimientos

A Norma, que me ayudó con las primeras lecturas.
A mis hijas Soledad, Micaela y Carolina,
que me alentaron siempre a cumplir mis sueños.

“La muerte no borra la historia,
apenas cambia la voz que la cuenta”.

PRÓLOGO

Hay vidas en que la narrativa de su existencia supera a la ficción, que invitan a ser contadas. La vida del Gallego es una de ellas. No solo por la espectacularidad de sus acciones, sino también porque condensa las tensiones, ilusiones y tragedias de toda una generación.

Detrás del militante que desafiaba al poder hubo un hijo del exilio, un hermano, un estudiante, un obrero y un joven que buscaba un lugar en un país que ardía.

La vida del Gallego Palmeiro parece arrancada del guion de una vieja película de Hollywood. Pocas personas atravesaron, en veintisiete años, situaciones tan intensas y novelescas. Desarmó a un policía apoyándole apenas un dedo en la espalda y arrojó a otro al río en la Costanera. Se fugó de la cárcel de Devoto. Participó en la toma de la comisaría de Gonnet. Intervino en la ocupación de Ingeniero Maschwitz. Secuestró a Héctor Ricardo García, propietario del diario *Crónica*. Organizó el apoyo externo en la fuga del Penal de Rawson. Participó del secuestro del avión de Austral para escapar de Trelew. Finalmente, murió tras ejecutar el atentado contra el almirante Quijada, acción que también selló su propio destino.

Este libro intenta rescatar esos momentos a través de los recuerdos de su infancia, de su vida familiar, de su militancia y de su muerte. Aspira a ser una narración biográfica novelada, construida con hechos reales y otros recreados literariamente. No pretende emitir juicios de valor ni justificar conductas. Tampoco busca cerrar heridas que aún permanecen abiertas.

Para comprender la vida de una persona, es imprescindible conocer las circunstancias históricas en las que se desarrolló. Por eso, se presenta aquí una síntesis del clima político y social de la Argentina de fines de los años sesenta y comienzos de los setenta. Mientras el hombre llegaba a la Luna y, a setenta kilómetros de Woodstock, más de cuatrocientos mil jóvenes celebraban un festival de paz, música y amor, nuestro país atravesaba una época en la que la violencia y la muerte se habían naturalizado como herramientas políticas.

Contar la vida del Gallego, es también contar una parte de la historia argentina. Es relatar la crónica de aquellos días tumultuosos: una de las etapas más violentas, que dejó miles de muertos. Una época marcada por la violencia y por la venganza: la violencia que nunca dio

soluciones y la venganza que jamás brindó justicia. Fueron tiempos en los que resultaba difícil proyectar una vida. El Gallego fue, en gran medida, un producto de su tiempo. Enfrentó al poder, sabiendo que podía perder la vida en ese enfrentamiento.

Narrar su historia, implica también contar una parte de la historia argentina, que muchos prefieren olvidar. Conocer el pasado es fundamental para no repetir errores. Los países que no recuerdan su historia están condenados a repetirla.

El pasado nunca muere, solo espera pacientemente a ser contado de nuevo.

Este libro, por último, pretende hacer justicia recordando a los muertos de uno y de otro lado, para no repetir el horror. Aspira a que cada lector, en su interior, pueda elaborar su propio juicio de valor sobre aquellos años,

RAÚL FERNÁNDEZ

BUENOS AIRES, FEBRERO DE 2026

1
VETÍN

“Galicia donde las aguas bailan y las piedras hablan gallego”.

Víctor Fernández Palmeiro era hijo de Marino Fernández, un gallego que había sido Guardia Civil en España, y de Elvira Palmeiro, una argentina hija de gallegos que, tras extrañar su tierra, regresaron a su Galicia natal. Marino y Elvira emigraron a Buenos Aires con sus dos hijos pequeños –Víctor, al que todos llamaban Vetín, y Gonzalo–, en la década del cincuenta, cuando España estaba gobernada por Franco y Argentina por Perón.

Al llegar a Buenos Aires, Marino trabajó en jornadas de más de doce horas hasta que, con sus ahorros, abrió un bar. Luego, mediante el sistema de “puntos”, habitual entre inmigrantes españoles del rubro gastronómico y hotelero, participó en dos pequeños hoteles en la zona de Once: primero en “El Alba”, en la calle Pasteur, y luego en el “Monteagudo”, en la calle Juncal. Más tarde abrió un hotel propio en Anchorena y Santa Fe, que terminó vendiendo. Tras la muerte de su esposa, se mudó a una casa en Aráoz y Costa Rica, en Palermo Viejo, que convirtió en hotel con la ayuda de sus hijos. En esos años también administraba el buffet de la vieja Corporación de Buenos Aires, donde se reparaban los tranvías de la ciudad. Hoy, en esa manzana de El Salvador, Medrano, Costa Rica y Acuña de Figueroa, se encuentra la Plaza Unidad Latinoamericana.

A dos cuadras del hotel de Aráoz estaba el almacén de Don Antonio, a quien todos llamaban “el Oso Carolina” porque aseguraba haber peleado con un oso en un circo. De ese apodo nació el nombre de esas cuadras de Palermo Viejo: que se llamó primero Villa Carolina y, más tarde, Palermo Sentimental. El barrio de Palermo que luego se empezó a extender hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este y hacia el Oeste, apareciendo: Palermo Hollywood, Palermo Soho, Palermo Queens, Palermo Dead (para el lado de Chacarita) y Palermo Fatherhood (para el lado de La Paternal).

En la esquina de El Salvador y Julián Álvarez se reunía la barra de muchachos para planear las salidas: al Bar Americano de Córdoba, al

lado del Sanatorio Güemes; a los cines Rialto o Gran Córdoba; al Círculo Católico de Obreros para jugar a la pelota a paleta; o al Café Salamanca para jugar al billar. Los fines de semana los muchachos iban a bailar al Villa Malcolm o al Ñandubay.

En el barrio, Víctor era simplemente Vetín. Él y Gonzalo se mezclaban en los partidos de fútbol que se armaban en la calle, donde Vetín mostraba su habilidad. La cancha improvisada se extendía sobre El Salvador, con arcos imaginarios entre Julián Álvarez y Gascón. Se jugaba a seis goles, en equipos de seis contra seis, con una pelota Pulpo de goma. Los partidos se interrumpían al grito de "auto" y se suspendían al grito de "el autito" cuando aparecía el Falcon policial. Cuando el tanteador se mantenía igualado y empezaba a oscurecer, se recurría al famoso "el que hace un gol gana". Los mejores jugadores eran: "el Japo", Alex y Castiglia.

El "Japo" era Alberto, que ayudaba a su padre en la tintorería que tenía en El Salvador a veinte metros del almacén de Don Antonio y cuya puntualidad no era precisamente una de sus virtudes, porque al no encontrar las prendas listas para entregar a los clientes, le preguntaba si habían traído la boleta para ubicarlas, tratando de ganar tiempo para realizar el trabajo.

Alex, era el hijo menor de Quique, el dueño de la ferretería de la esquina de El Salvador y Julián Álvarez, tan elegante en su vestimenta como en su juego en los improvisados partidos de fútbol callejero.

Castiglia, que ya desde chico se destacaba jugando al fútbol y que participando de un campeonato de baby fútbol que se jugaba anualmente en el Luna Park, había sido fichado por San Lorenzo de Almagro para jugar en las divisiones inferiores del club, recibiendo su familia como contraprestación, una heladera Siam 90.

La calle donde se jugaba al fútbol, podía convertirse también en un improvisado autódromo: se dibujaba el circuito en el cemento, con tiza blanca en los contornos y con tizas de colores en los boxes, graderías, puntos de largada y meta de llegada. Cada participante preparaba su cochecito, pudiéndole agregar masilla y algún alambre fino en la parte de abajo, para lograr un mejor agarre en las curvas. Algunas carreras eran fiscalizadas por Alberto Della Zoppa, que oficiaba de acompañante de Remo Gamalero en las carreras de Turismo Carretera, que vivía en la cuadra, donde ocasionalmente estacionaba la "cupecita" Ford con la que corría.

Vetín también jugaba en la improvisada cancha de Nicaragua entre Aráoz y Canning, junto a Vicente, Alberto, Lito, Meleco y otros. Además de jugar al fútbol, era un excelente jugador de ajedrez y practicaba karate, disciplina en la que llegó a ser cinturón negro.

Era la época de los “asaltos”, bailes en las terrazas, donde las chicas llevaban la comida y los chicos las bebidas. Se bailaba al ritmo de los Teen Tops, Los Plateros, Adamo o Bill Haley, reproducidos en un Wincofon. Alberto, “el Japo”, era el mejor bailarín de rock.

Vetín era hincha de San Lorenzo y discutía con Gonzalo, fanático de Independiente, sobre a qué equipo seguir. Casi siempre se imponía Vetín, y terminaban en el viejo Gasómetro de Avenida La Plata, que era más cercano que el estadio de Avellaneda. Se cumplía así la regla no escrita, según la cual la mayoría de los inmigrantes españoles simpatizaban con los “Santos” o con los “Diablos Rojos”.

Muchos historiadores consideran que la elección de estos clubes fue a causa de que, a principios del siglo XX y después de la guerra civil española, muchos inmigrantes españoles –gallegos, asturianos y vascos–, se asentaron en barrios populares como Boedo y Avellaneda. En esa época los clubes no eran solo fútbol, sino un centro barrial donde reunirse, lo que les daba un sentido de pertenencia, de “hacerse argentino” de alguna manera.

La histórica gira que hizo San Lorenzo por España, entre fines de 1946 y principios de 1947, también contribuyó a la elección del equipo de Boedo, en el que en la década del 40 jugaron varios españoles famosos como Isidro Lángara o Ángel Zubieta.

La elección de Independiente, otros la identifican con el mito del Rojo y la República Española, sobre todo después de la Guerra Civil, aunque no fueron pocos los inmigrantes que trabajaron en los frigoríficos de Avellaneda, a pocas cuadras del estadio, por lo que el trabajo y la cercanía los acercaron al club.

En 1964, Vetín conoció a su novia y poco después se mudó al Dock Sud. Gonzalo, en cambio, siguió viviendo en Villa Carolina hasta su muerte. Los hermanos siempre fueron muy unidos. Cuando la familia vivía en Once, Gonzalo –el menor y más revoltoso–, fue internado dos años en el Colegio Don Bosco de Ramos Mejía. Mientras Gonzalo permaneció en el colegio de Ramos Mejía, Vetín lo visitaba seguido, llevándole golosinas y juegos, compartiendo tardes enteras.

La muerte de su madre, a los 33 años, víctima de una enfermedad terminal, fue un golpe devastador para los hermanos. Gonzalo cursaba cuarto grado y Vetín el primer año del secundario. Desde entonces, la unión entre ellos se volvió indestructible. Nunca olvidaron el día en que los retiraron del colegio para informarles que su madre había fallecido.

Aunque Marino nunca dejó de ocuparse de ellos, sus múltiples obligaciones lo mantenían fuera de casa. Vetín y Gonzalo pasaban largas horas solos en las que aprovechaban para escaparse a la Plaza

Francia.

Bajaban caminando desde su casa hasta la plaza, con los bolsillos vacíos y las pupilas llenas de imágenes nuevas: estudiantes tirados en el pasto leyendo, parejas tomadas de la mano, intérpretes callejeros ejecutando su música frente a La Biela, tarotistas con sus mesas desplegadas llenas de cartas y algún jubilado que alimentaba a las palomas como un gesto humanitario.

Vetín y Gonzalo, se sentaban cerca del monumento y miraban el paso de la gente como si estuvieran en la platea de un teatro. Figuras y sombras desconocidas hasta entonces, que desfilaban ante sus ojos, como si la tarde ensayara una coreografía para que cada uno de los hermanos les adivinara un destino posible.

En los días de calor, cruzaban hasta la fuente de Figueroa Alcorta, frente a la Facultad de Derecho para ver a los chicos que jugaban con los pequeños veleros en el agua.

Cuando moría la tarde y las sombras le ganaban al sol, volvían caminando, viendo cómo se iban encendiendo las luces de la ciudad y la noche le ganaba al día.

Esas tardes compartidas, cuando Buenos Aires se reducía a ese inocente rectángulo de pasto y cemento, donde el tiempo, por unos momentos, parecía haberse detenido, quedarían grabadas para siempre en el recuerdo de los hermanos.

Cuando Marino llevó a su nueva pareja a la casa, algo se quebró sin hacer ruido. La convivencia se volvió áspera, como si cada día trajera una pequeña tormenta. La mujer apenas les dirigía la palabra a los chicos y, más de una vez, los dejaba sin comer a la hora que correspondía. Vetín y Gonzalo, que ya venían acostumbrados a remar la vida, empezaron a escaparse cada vez más seguido. Dormían donde los sorprendía la noche: en vagones de tren que quedaban abiertos, en cajas de camiones estacionados o en bancos de plazas donde el viento les hacía compañía. Vetín, como hermano mayor, se las ingeniaba para que Gonzalo no sintiera tanto el golpe de la intemperie.

Una Nochebuena, después de una discusión, Marino perdió la paciencia y echó a Vetín de la casa, que terminó en la Plaza Once, sentado en un banco tibio por el calor del día, con la camisa pegada al cuerpo y una mezcla de bronca, tristeza y desamparo que no sabía cómo acomodar.

Miraba las luces navideñas de los puestos ambulantes como quien mira algo ajeno, algo que no le pertenece.

Creyó que iba a pasar esa noche solo, hasta que escuchó una voz que le atravesó el pecho.

—¿Qué hacés, hermano?

Gonzalo venía corriendo, casi sin aire, con un bolso colgado del hombro. Se sentó a su lado sin pedir permiso, como si ese banco hubiera estado esperándolo también. Del bolso sacó una muda de ropa, una botella de sidra y un pedazo de pan dulce envuelto en una servilleta arrugada. Lo puso todo sobre el banco con una sonrisa tímida, como si estuviera ofreciendo un tesoro.

—Te traje esto —dijo, bajito, como si temiera que la noche pudiera arrebatárselo.

Brindaron levantando apenas la botella, chocándola con una delicadeza que no tenían con nada más en la vida. Tomaron un sorbo cada uno y comieron el pan dulce aplastado como si fuera un manjar reservado para los que saben sobrevivir. A su alrededor, la plaza seguía con su ruido, sus luces y su gente, pero ellos dos parecían estar dentro de una burbuja pequeña, cálida, hecha de complicidad.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Gonzalo, con la voz cargada de preocupación.

Vetín respiró hondo, miró hacia la avenida y respondió:

—Seguir. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Gonzalo asintió, como si esa respuesta fuera suficiente para los dos. Y sin decirlo, sin prometerlo, sin firmarlo, sellaron un pacto silencioso: pasara lo que pasara, siempre estarían unidos.

La suerte, por una vez, decidió guiñarles un ojo a los hermanos. Gonzalo encontró dos mil pesos tirados en la plaza. No lo podían creer. Con ese pequeño milagro improvisaron una felicidad urgente: recorrieron pizzerías, vieron películas en cines baratos y compraron algunas cosas que les gustaron. Por unas horas que parecían eternas, sintieron que el mundo podía ser un lugar amable.

Y aunque no lo sabían todavía, esa Navidad pobre e improvisada sería una de las noches que recordarían toda la vida.

Fueron años duros para Vetín, años en los que comenzó a pensar en ayudar a los que más sufrían, poniéndose al frente de protestas y reclamos, primero en el colegio y luego en sus trabajos.

Tras quedar libre por faltas en el Colegio Nacional, le prometió a su padre recuperar el año perdido. Rindió libre segundo y tercer año, demostrando su inteligencia precoz. Luego ingresó a la Universidad de Buenos Aires y cursó algunas materias en Sociales, hasta que su militancia le impidió seguir cursando.

El Gallego Palmeiro comenzó su actividad política a los quince años en el colegio secundario, uniéndose a la Federación Juvenil Comunista, siendo uno de los integrantes más combativos. Desde muy joven se preocupó por los temas políticos y sociales. Era la época en la que se discutía si la enseñanza debía ser laica o libre. Vetín encabezaba todas

las protestas.

Pasó luego por otras agrupaciones, hasta recalar por último en el ERP-22 de Agosto, que recibió ese nombre en conmemoración por los muertos en la Masacre de Trelew.

Desde que el Gallego ingresó a trabajar en la Metalúrgica Latia, comenzó a militar intensamente. Durante una protesta, fue detenido junto a siete compañeros acusados de desarmar a un policía frente al Aeroparque de la Ciudad de Buenos Aires y arrojarlo al río.

Según contó un compañero tiempo después, todo ocurrió en cuestión de segundos, aunque para ellos les pareció un episodio interminable. Estaban por retirarse, cuando un policía se les acercó con paso rápido y gesto torcido, como si ya viniera enojado desde antes. Sin siquiera saludar, lanzó la orden con un tono que buscaba humillar:

—Documentos —les dijo casi a los gritos.

El Gallego lo miró fijo, sin bajar la vista, con esa mezcla de calma y firmeza que lo caracterizaba. A su lado, uno de los muchachos dio un paso adelante y preguntó con educación, aunque sin ocultar la molestia:

—¿Algún problema, oficial?

La pregunta pareció enfurecer aún más al policía. Sin responder, intentó arrebatarle el bolso al compañero que había hablado. El gesto fue brusco, violento, casi desesperado. El Gallego reaccionó por puro instinto: lo empujó para apartarlo, sin medir consecuencias, solo para defender al otro.

El oficial cayó hacia atrás, soltando un grito que atrajo a dos policías más. Llegaron corriendo, con las manos ya listas para golpear. Uno de ellos intentó pegarle al Gallego, pero falló, y en el forcejeo que siguió -rápido, confuso, lleno de empujones y manotazos-perdió el equilibrio y terminó en el agua. El chapuzón resonó como un disparo en medio del caos.

Ese ruido fue suficiente para que la situación escalara aún más. En pocos segundos apareció una camioneta de la Policía Federal. Frenó de golpe, levantando polvo y olor a freno caliente. De la parte trasera bajaron cuatro agentes armados, apuntando directamente al grupo, como si se tratara de criminales peligrosos y no de un puñado de muchachos sorprendidos por la situación.

El Gallego levantó las manos de inmediato, con un gesto amplio, casi resignado. Sus compañeros lo imitaron uno por uno, entendiendo que cualquier movimiento podía empeorar las cosas.

Los ocho fueron reducidos a los golpes, sin oportunidad de explicar nada. Los tiraron al piso, los esposaron y los subieron a la camioneta como si fueran bultos. Nadie les dijo adónde los llevaban. Nadie les

explicó por qué.

Horas más tarde, ya en la oscuridad de un calabozo, supieron que serían trasladados a la Cárcel de Caseros. Allí permanecerían tres meses, pagando por un episodio que había empezado con un simple pedido de documentos y había terminado convertido en una detención absurda.

El padre de Vetín, por intermedio de un abogado amigo había logrado que accedieran a liberar a su hijo. El Gallego se negó a salir:

—O salimos todos o no sale ninguno —le dijo a su padre.

No aceptando, según sus palabras:

—Ningún acomodo o favor del juez o de la policía—.

Su abogado defensor fue Néstor Martins, quien acababa de recibirse y recién comenzaba a trabajar en la profesión.

Tras salir de la cárcel de Caseros, el Gallego renunció a la Metalúrgica Latia y se fue a vivir a Dock Sud. Vivió cerca de una villa de emergencia, con Irma Nesich, una compañera de militancia, que había conocido en el cumpleaños de un amigo en el año 1964 y con la que se casó tres años después, cuando trabajaba en el Frigorífico Anglo.

La austeridad y forma de vida del Gallego, quedó demostrada una vez más, cuando el padre al enterarse de su idea de casarse, le ofreció un adelanto para que se comprara un departamento, a lo que Palmeiro le contestó:

—No necesito un departamento, Prefiero un terreno en Dock Sud para hacerme una casa—.

Eligió trabajar y vivir junto al pueblo al que él quería cambiar. Pensaba que el cambio no se daría desde las vanguardias iluminadas que llevaban una vida acomodada, sino desde el corazón mismo de los barrios carenciados.

La elección de Dock Sud para ir a vivir, fue coherente con su idea de alejarse de las comodidades que podían ofrecerle la situación económica de su padre.

Al ir a vivir al Docke, pudo adaptarse a las necesidades y a las rutinas de quienes había que ayudar a mejorar sus vidas en la inestable situación política que vivía el país.

La ciudad de Dock Sud perteneciente al Partido de Avellaneda, que lindaba con la Ciudad de Buenos Aires a través del Río Matanza, era a mediados de los 60 un conjunto de casas de techos bajos, muchas sin revocar. Construidas sin permiso municipal, sin maestro mayor de obra ni de arquitectos.

Casas de madera y chapa, levantadas en muchos casos, con maderas robadas en los astilleros, chapas de los frigoríficos y ladrillos que los obreros que trabajaban en la industria de la construcción traían desde

la Capital. Las llamadas villas de emergencia, florecían como hongos después de un día lluvioso.

El Gallego vivió en una casa modesta enfrente del terraplén, cercana a una villa de la que se sentía como uno más de sus habitantes. Compartía con ellos partidos de fútbol en un potrero vecino y largas partidas de truco y de mate al caer la tarde. Rápidamente se ganó su respeto y admiración, lo que hizo que los obreros que vivían en la villa fueran a su casa a cualquier hora del día y de la noche a plantarle los problemas que debían afrontar a diario en sus trabajos.

En esa época el Docke era un mundo aparte. Un centro energético en el que se mezclaban grandes destilerías, depósitos de combustible y la histórica central eléctrica de Dock Sud. Era un refugio para inmigrantes de Croacia, de Italia y de España que habían huido de la guerra y de la pobreza.

Era un pedazo de tierra con olor a petróleo de los tanques del puerto que el viento se encargaba de esparcir por todo el caserío. Las casas estaban cubiertas por el humo de las chimeneas de las fábricas y de los frigoríficos. La gente, no pensaba en la revolución, sino en cómo llegar a fin de mes y cómo hacer para que no se les volaran las chapas del techo durante la próxima tormenta.

Las villas de emergencia, como la mítica la Inflamable, la del Frigorífico o la de Piñeiro, eran asentamientos en los que las personas llegadas del interior en busca de trabajo y los obreros que trabajaban en la zona, construían sus viviendas precarias. Las construían en algunos casos en tierras rellenadas, en las que dejaban lugar para el trazado de pequeñas calles internas, que conformaba un laberinto de pasillos del que resultaba difícil salir si uno no era de allí.

El Gallego vivió en el Docke con su esposa hasta septiembre de 1971 en que ambos fueron detenidos y torturados.

Fueron años de militancia junto al pueblo, más que de combate. Años de trabajo en el barrio. De organización de charlas, de apoyo a las huelgas en los frigoríficos y en las fábricas. De creación de redes solidarias, de organización barrial para llevar la política a la vida cotidiana, con el fin de reparar el tejido roto del país, desde el trabajo comunitario necesario para mejorar las condiciones de vida de los que menos tenían.

El Docke, seguía oliendo a petróleo y sudor, pero algo estaba cambiando. El viento seguía trayendo el olor a petróleo, pero el aire del Riachuelo traía ahora olor a revolución contenida. Olor a promesa, olor a esperanza.

El país estaba a punto de estallar y el Docke no era la excepción.

En los pasillos de las villas se hablaba en voz baja, pero el vocabulario

había cambiado. Se escuchaban palabras nuevas como compañero, movimiento, organización o revolución.

Mientras Vetín vivió en Dock Sud, su hermano Gonzalo lo iba a visitar seguido, prendiéndose en los picados de fútbol y en las partidas de truco con los amigos de la villa cercana.

Los dos hermanos aprovechaban también en los días de verano cuando la temperatura era sofocante y el sol recalentaba el asfalto, para bajar juntos, hasta los canales del Riachuelo. A veces iban hasta la costa del Docke para refrescarse entre residuos flotantes. Otras veces, caminaban hasta la costa de Sarandí, en la que el agua era más limpia, bañándose en un balneario cercano, al que denominaban Las Chinches.

Los domingos el Dock Sud revivía. Las familias se reunían alrededor de una mesa que compartían con otros vecinos para comer un asado de tira o una tapa de asado y algunos chorizos, en una parrilla improvisada sobre un tambor de aceite vacío de doscientos litros cortado al medio.

Mientras los hombres matizaban la espera del encendido del fuego y de la cocción de la carne, jugando al truco y escuchando a todo volumen en sus radios Noblex Siete Mares a los Wawancó o algunos tangos, las mujeres hacían las ensaladas.

Era lo más parecido a una misa pagana, celebrada sin curas ni monaguillos, en ese barrio abandonado a la buena de Dios, a orillas de un Riachuelo nauseabundo. Sus participantes, a la mañana siguiente, debían madrugar para ir a sus trabajos soñando con un futuro mejor y con cruzar algún día del otro lado del río, donde las luces de la ciudad de Buenos Aires parecían llamarlos todas las noches.

El Docke era un mundo aparte, un mundo de pobrezas y de esperanzas, una mezcla rara de sufrimiento y de lucha. La política comenzaba a filtrarse por todos lados.

Los temores por los recuerdos de la represión que siguió a la revolución de 1955, que prohibió a través del Decreto 4161 del 5 de marzo de 1956, la utilización de fotos, imágenes, nombrar a Perón o a sus parientes y hablar de peronismo o justicialismo, con penas para quienes no cumplieran con dichas prohibiciones, de prisión de 30 días a 6 años de a poco fueron cediendo.

Sin embargo, a pesar de las prohibiciones, no fueron pocos los que guardaron las fotos, los libros y los bustos de Perón y de Evita debajo de las maderas y las chapas de sus casas. Cada vez eran más los compañeros que se animaban y empezaban a hablar de Perón y a organizarse. Se empezaron a ver escritas en algunas paredes con carbón o con aerosol algunas inscripciones: “Viva Perón”, “Luche y Vuelve” o “Perón o Muerte”. El viejo caudillo seguía siendo bandera y faro de su

pueblo. La vida del Gallego Palmeiro en el Docke lo acercó un poco más al peronismo.

El Docke, a pesar del aumento de la represión y de haber sido castigado por la falta de trabajo y por salarios que no llegaban a cubrir las necesidades básicas seguía vivo.

El temor que provocaban los militares al pasar más seguido pidiendo documentos y revisando bolsos de trabajo a cualquier hora, cedía ante el orgullo de sentirse parte de algo importante. De sentirse parte de un cambio. De creerse capaz de escribir una nueva historia. Todos sabían que venían tiempos difíciles, pero también sabían que pasara lo que pasara, ya no podían volver atrás.

Dock Sud, comenzaba a despertarse de un sufrido letargo y en la atmósfera además del olor a aceite y petróleo se percibía un aire de resistencia, de lucha y de esperanza.

Esos años fueron para el Gallego de una militancia activa y de un intenso trabajo barrial.

De participar en las reuniones de los obreros del frigorífico, de la central eléctrica o de los astilleros. De ver que los obreros empezaban a reunirse al dejar sus trabajos en las casas abandonadas, en los clubes, en los bares y en las iglesias de puertas abiertas por la complacencia de los curas villeros.

Los curas villeros, siguiendo la corriente tercermundista de la iglesia ahora hablaban de justicia social, como antes hablaban del Evangelio. Hablaban de Perón como antes hablaban de Jesús, el cambio había llegado para quedarse.

Las mujeres del barrio también participaban del cambio. También empezaban a organizarse. Comenzaron a formar redes solidarias que sostenían al vecindario. Hacían malabarismo para dividir el tiempo entre su trabajo, su casa, sus hijos y su militancia.

El Riachuelo seguía estando lleno de impurezas, pero ahora era testigo de las reuniones de los vecinos que buscaban vivir en un país mejor.

La voz del Gallego, era escuchada con atención y respeto en las discusiones para encontrar soluciones a los problemas que la vida diaria les planteaba a los vecinos. En las discusiones sobre qué hacer para lograr el país que soñaban.

Los primeros grupos guerrilleros que cruzaron la frontera y se adentraron en la franja del Dock Sud, fueron los Montoneros, ya que el nombre de Perón pese a vivir a miles de kilómetros de Argentina, seguía siendo bandera entre los trabajadores.

Después fueron llegando los grupos de izquierda, llegó el PC, el Partido Comunista Revolucionario y más tarde el ERP.

En los días calurosos del verano, la franja del Docke cercana al río se

teñía de un rojo sangre al caer el sol sobre el riachuelo lleno de impurezas, que algunos asimilaban a una herida difícil de sanar.

Tras dejar el frigorífico, el Gallego trabajó en la industria de la construcción como yesero, mientras su esposa se desempeñaba como maestra en una escuela para adultos.

El 30 de abril de 1972, luego de matar a Quijada, el Gallego Palmeiro fue alcanzado por un disparo que le produjo la muerte.

El Gallego Palmeiro murió a los 27 años en la ciudad de Buenos Aires y fue enterrado en el cementerio de la Chacarita, siendo despedido por una gran cantidad de amigos y compañeros.

Por esas raras muecas del destino el Gallego murió a los 27 años, a la misma edad que fallecieron Kurt Cobain, Jim Morrison, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Amy Winehouse y el Potro Rodrigo entre otros, pasando a formar parte del maldito Club de los 27.

Al mes de su muerte, sus amigos y compañeros, entre los que se encontraban su viuda y compañera de militancia Irma Nesich y los abogados Eduardo Luis Duhalde y Vicente Zito Lema, le rindieron un homenaje frente a la tumba que guardaban sus restos en el cementerio de la Chacarita.

Zito Lema manifestó al despedirlo que el Gallego: “Tenía una imagen de hombre duro pero tenía también un gran amor por los poetas por la literatura. Era un hombre sensible”.

Antes de retirarse sus amigos colocaron una placa recordatoria de mármol con la estrella de cinco puntos del ERP y la inscripción “Hasta la victoria siempre” que duró muy poco.

A los pocos días del homenaje, una bomba colocada en el lugar provocó varios destrozos y la desaparición de la placa, que fue encontrada muchos años después durante unas excavaciones en el Club Atlético. El Club Atlético había sido un centro de detención, tortura y exterminio durante la última dictadura militar.

La placa del Gallego había sido llevada allí como un botín de guerra de los grupos parapoliciales que actuaron en el gobierno de 1973 y siguieron actuando después en la dictadura de 1976.

Irma Nesich –esposa y compañera del Gallego–, que había participado en el frustrado ataque al Regimiento de Infantería Aerotransportada de Catamarca, fue puesta a disposición del Poder Ejecutivo mediante el Decreto Secreto 1726 del 4 de diciembre de 1974. Luego de estar presa en la Cárcel de Devoto y salir en libertad, estudió Sociología en la Universidad de Buenos Aires hasta que fue secuestrada a la edad de 31 años. Fue secuestrada el 15 de junio de 1978, en su domicilio del Barrio San Alberto de Isidro Casanova, en pleno Campeonato Mundial de Fútbol, al día siguiente de que el equipo argentino derrotara al de

Polonia en Rosario.

Luego de ser secuestrada, fue vista por algunas compañeras en los Centros Clandestinos de Detención “El Banco” y “El Olimpo”, permaneciendo desaparecida hasta el día de hoy.

El Gallego Palmeiro fue un joven comprometido con su tiempo que se volcó a la lucha armada, en la creencia que esa era la manera de conquistar el poder.

Utilizó la violencia como un instrumento para lograr sus objetivos, pero sin alejarse del pueblo ni de la política. Practicó la violencia revolucionaria pero alejado del pensamiento fascista del amor por la violencia como lo definió un amigo. Fue un hombre que amaba a la política. Fue un personaje complejo y contradictorio al que la injusticia le dolía profundamente. Cuestionó el orden establecido por el gobierno militar, probando distintas alternativas para cambiar la sociedad en la búsqueda de un hombre con nuevos valores, muriendo en el intento.

Vivió la vida con alegría, sin rehuir a enfrentarse con la autoridad o con sus compañeros, sin importarle la jerarquía y sin medir las consecuencias.

Anduvo por la vida sin permitirse dudar. Fue capaz de imaginar las operaciones más arriesgadas y ejecutarlas. De descargar un fusil ametralladora contra una persona por venganza, como de escribir poesía toda una noche. De trenzarse en una partida de ajedrez durante horas como de vivir los problemas ajenos como propios.

Lector apasionado de Alejandra Pizarnik, el destino lo ubicó en el departamento clandestino utilizado como refugio, situado enfrente del último que ocupó la escritora. Fue testigo ocular por la mirilla de su departamento del momento en que la policía derribó la puerta de la unidad que ocupaba Pizarnik para retirar su cuerpo luego de que esta se suicidara.

Convivían en el Gallego Palmeiro el hombre de acción, el guerrillero que pretendía cambiar el mundo a través de la lucha armada peleando contra la injusticia, siguiendo quizás ocultos mandatos familiares. Con el intelectual que pretendía llenar el mundo de amor a través de la poesía, a través de las cartas románticas que le escribía a su compañera.

Fue un joven distinto, solidario, austero y honesto que no dudó en ofrendar lo mejor que tenía, su vida, en pos de sus ideales.

El Gallego no puede ser comprendido sin entender la difícil época en la que le tocó vivir.

Argentina vivió una etapa caracterizada por la violencia entre finales de la década del 60 en la que el Gallego se afilió a la Federación Juvenil Comunista y principios de la década del 70 en la que murió.

Esos años se recuerdan como uno de los periodos más sangrientos de

la historia política de Argentina. Fueron años de una violencia colectiva inusitada y de una represión estatal salvaje. Fueron años de atentados con bombas. De crímenes políticos. De asaltos a cuarteles militares. De tomas de ciudades. De secuestros extorsivos. De detenciones arbitrarias, de torturas y de desaparición de personas. Años que difícilmente sean olvidados por los que los padecieron.

No fueron años de héroes o de mártires, de delincuentes o de asesinos. Fueron años de personas de uno y de otro lado que naturalizaron la violencia y la muerte como una forma de acción política.

Todos tenemos dentro nuestro, fragmentos de ángeles y de demonios, llevamos en la piel, partículas de Eros y de Tánatos, que arrastramos desde que nacemos y alimentamos con lo recibido en nuestros hogares desde nuestra infancia. Dosis de amor o de silencio. De ternura o de abandono.

Según Freud la meta de toda vida es la muerte. Todos llevamos con nosotros la pulsión de muerte. Una necesidad de buscar peligros. De arriesgarnos a salir muertos o heridos, tentando al destino para demostrarnos que estamos vivos. Así como la muerte le da sentido a la vida, el ser conscientes de nuestra finitud, hace que vivamos de una manera más plena asumiendo los riesgos que ello conlleva.

Si bien dicha idea fue bastante cuestionada, no cabe duda que todas las personas llevamos en nuestra psiquis la idea de la muerte y de la vida a través de la búsqueda del placer.

Por momentos predomina una de ellas, según la atención y el trato recibido en nuestra niñez, los golpes recibidos y las heridas que dejaron en nosotros.

2

TIEMPOS VIOLENTOS

“La violencia hiere el cuerpo y la mente del que la ejecuta y del que la sufre”.

Las décadas del 60 y del 70 en Argentina fueron de una gran efervescencia. A ello contribuyó en gran medida la inestabilidad política y los sucesivos golpes de Estado que se fueron sucediendo desde el año 1930.

Entre los años 1955 y 1976, Argentina atravesó cuatro golpes de Estado que interrumpieron el Estado de Derecho y consagraron gobiernos de facto.

El 16 de septiembre de 1955, las Fuerzas Armadas derrocaron al gobierno de Juan Domingo Perón, mediante la llamada Revolución Libertadora, que gobernó durante tres años.

Unos meses antes, el 16 de junio de 1955, oficiales de la Aviación Naval y de la Aeronáutica, apoyados por civiles, bombardearon la Plaza de Mayo, con el objetivo de derrocar al gobierno y de matar a Perón. Los aviones AT 6 de la Marina de Guerra, bombardearon la Plaza de Mayo, la Casa Rosada y el edificio de la CGT.

El intento de golpe incluyó un ataque aéreo con bombas lanzadas sobre la población civil, dejando tirados por el centro de la ciudad a más de 300 muertos y de 800 heridos. Las 308 víctimas incluyeron a militares y a civiles, producto no solo del bombardeo, sino también de los enfrentamientos entre las fracciones leales al gobierno de Perón, con las que buscaban derrocarlo.

Ese ataque contra la población civil, conocido como la Masacre de Plaza de Mayo, junto con la Masacre de Trelew, fue considerado por varios historiadores, cómo los anuncios de la feroz represión estatal que viviría el país a partir de 1976.

A mediados del siglo XX, Argentina entró en una escalada de violencia que tardó décadas en superar. El adversario dejó de ser un rival político para convertirse en un enemigo al que había que eliminar. La lógica del exterminio se instaló en el discurso público: el enemigo no merecía vivir.

Las plazas dejaron de ser lugares de esparcimiento, para convertirse

en escenarios políticos donde se aclamaba o se insultaba con la misma intensidad, se amaba o se odiaba. La política adquirió un tono religioso, casi místico. Cada bando se asumía como depositario de una verdad absoluta.

El país se dividió en dos grupos irreconciliables, que pensaron durante décadas, que la "patria" solo podía salvarse eliminando a los enemigos. Tanto la "patria" de los militares, como la "patria socialista" de las organizaciones armadas.

La "patria" de los militares, que justificaba la represión como defensa del orden y la "patria socialista" de las organizaciones armadas, que veía en la violencia revolucionaria el camino hacia la justicia social.

Todo estaba permitido. El odio político, llevó a considerar que matar estaba dentro de las acciones posibles, que el enemigo no tenía derechos cuando "la patria estaba en peligro". Desde entonces, en la Argentina ya no se discutía cómo tomar el poder y qué hacer con él, sino cómo eliminar o aniquilar al otro, era más efectivo matarlo o hacerlo desaparecer que convivir con él.

El odio como motor de la política argentina fue ganando espacio de a poco, hasta filtrarse en gran parte de la sociedad. No se odiaba al otro por lo que hacía, sino por lo que era o por lo que pensaba.

La violencia irrumpió sin ningún aviso en Argentina y fue ganando espacio hasta abarcar a toda la vida política. Se expandió como una mancha de aceite, se volvió cotidiana, casi doméstica.

Lamentablemente, llegó para quedarse en una sucesión de venganzas interminables. De represalias sangrientas, que tuvo a la población como testigo involuntaria del accionar violento de las organizaciones guerrilleras y de las fuerzas de seguridad.

Asistió como invitada de piedra, al enfrentamiento de dos grupos irreconciliables, las organizaciones guerrilleras como Montoneros y el Ejército Revolucionario (ERP), por una parte, y las Fuerzas Armadas y los grupos parapoliciales, por la otra.

El 29 de marzo de 1962, los militares destituyeron al presidente Arturo Frondizi, gobernando de facto durante un año.

El próximo golpe militar fue el cometido contra el gobierno de Arturo Illia, a quien destituyeron el 28 de junio de 1966, mediante la llamada Revolución Argentina, gobernando de facto durante siete años. El gobierno de la llamada Revolución Argentina, presidido por el General Onganía, prohibió los partidos políticos y reprimió severamente cualquier forma de oposición.

Intervino también las universidades, lo que generó protestas estudiantiles, huelgas decretadas por la mayoría de los sindicatos y grandes manifestaciones populares.

El país, asistió a un duro enfrentamiento entre las fuerzas de izquierda inspiradas por el triunfo de la Revolución Cubana de 1959 y la derecha apoyada por las políticas anticomunistas promovidas en plena Guerra Fría en la región por los Estados Unidos, para detener el avance de la izquierda.

El último y recordado golpe de Estado, fue la dictadura más larga y represiva de este período, con el autollamado Proceso de Reorganización Nacional, que implementó un plan integral de terrorismo de Estado.

El 24 de marzo de 1976, la Junta Militar presidida por el general Videla destituyó al gobierno de María Estela Martínez de Perón, gobernando durante siete años hasta 1983.

El golpe de Estado de marzo de 1976 marcó el comienzo de la dictadura más sangrienta de la historia argentina. La violencia política y la feroz represión dejaron miles de muertos y desaparecidos y una grieta en la sociedad que quedó dividida.

Los militares gobernaron siete años hasta 1983, en que se reinstaló la democracia con la asunción del doctor Raúl Alfonsín.

Entre los años 1955 y 1983, el país tuvo gobiernos de facto o surgidos por las proscripciones del peronismo durante dieciocho años.

La proscripción del peronismo, dio lugar a que triunfaran en los comicios los gobiernos radicales de Arturo Frondizi en 1958, luego del acuerdo Cooke-Frigerio primero y de Arturo Illia en 1963, después. Dicho proceso pseudodemocrático, finalizó con el golpe de Estado de Onganía de 1966, con la autodenominada Revolución Argentina.

Esta situación llevó a una parte importante de la juventud a volcarse a la guerrilla. En agosto de 1964, se creó el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), que dio nacimiento posteriormente a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), una organización político-militar y de guerrilla urbana, bajo el liderazgo de Envar “Cacho” El Kadri. Apareció luego en escena Montoneros, una organización guerrillera peronista liderada por Mario Firmenich, Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja.

Estas organizaciones buscaban el regreso de Perón y un llamado a elecciones libres.

Justificaron su accionar en la consecuencia inevitable, de que la violencia de arriba engendraba la violencia de abajo.

Los alineamientos en Latinoamérica provocados por la Guerra Fría influyeron también en la situación política de Argentina. El triunfo de la Revolución Cubana de 1959 hizo que una parte de la juventud con ideas de izquierda más radicalizadas, creyera que la única forma de tomar el poder y construir una sociedad más justa e igualitaria era a

través de la lucha armada. Estos grupos creían que solamente a través de la lucha armada se podía derrocar a los gobiernos autoritarios y establecer un régimen socialista.

En el V Congreso del PRT realizado el 30 de julio de 1970 se fundó el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Una organización marxista leninista con ideas guevaristas liderada por Mario Roberto Santucho, que constituyó la estructura militar del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Desde mediados del siglo XX, los gobiernos de facto que se sucedieron, reprimieron violentamente a las manifestaciones que pedían un cambio.

Un cambio en la política económica, un mejoramiento de las condiciones de vida, reclamos salariales y terminar con las proscripciones.

A estas nuevas organizaciones extremistas que fueron apareciendo se las denominó la nueva izquierda, que respondió a la violencia del Estado con grandes manifestaciones populares y con una violencia hasta ese momento desconocida.

El Gallego Palmeiro se sumó a los 15 años a la Federación Juvenil Comunista.

Probó suerte luego en una agrupación adscripta al maoísmo local para terminar volcándose a la lucha armada,

Luego, se vinculó con la fracción comunista que dio origen al Partido Comunista Revolucionario (PCR), pasando más tarde por las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL) e incorporándose posteriormente al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). En el ERP se convirtió rápidamente en responsable de equipo y poco tiempo después en miembro de la dirección militar.

A fines de los años 60, el Gallego en su carácter de integrante del Partido Comunista Revolucionario, mientras se efectuaba un acto de homenaje al Che Guevara, dirigió el operativo en el que le quitaron las armas a los policías que estaban de custodia en la Embajada de Bolivia.

Participó luego en los incidentes con la policía en la villa de emergencia la Inflamable, cercana a su domicilio en Dock Sud. La Villa Inflamable era un asentamiento precario en la que vivían trabajadores de los frigoríficos y de la zona portuaria en condiciones de extrema pobreza.

Luego de volcarse en forma definitiva a la lucha armada, dejó su trabajo en la construcción como yesero y su vivienda transitoria en el Dock Sud y se dedicó en forma exclusiva a las tareas de la organización guerrillera, distinguiéndose por su temeridad.

Fue detenido más de diez veces por su intervención en atentados y

por agresiones a la policía. Sus compañeros de militancia, siempre recordaban la vez que desarmó a un efectivo policial en el ferrocarril Roca con solo apoyarle un dedo en la espalda, simulando ser un arma. A partir de entonces, al Gallego algunos de sus compañeros de militancia lo empezaron a llamar “Dedo”.

Las actividades militares del ERP, como se verá más adelante, no le dejaron mucho tiempo libre al Gallego. El 3 de enero de 1971, el ERP copó la clínica privada "San Lucas" de San Isidro en la provincia de Buenos Aires, donde robaron medicamentos y elementos para montar puestos sanitarios clandestinos.

El 29 de abril de 1971, miembros del ERP asaltaron un camión en Pilar que trasladaba armas y municiones hacia la Guarnición del Ejército de Campo de Mayo. Robaron material bélico tras reducir al chofer y asesinar al teniente primero Asúa.

A fines de mayo de 1971, el ERP atentó con explosivos contra la empresa Telecima Argentina de la localidad de Ensenada, en la provincia de Buenos Aires.

El 12 de agosto de 1971, bajo la dirección del Gallego Palmeiro, un comando urbano compuesto por doce hombres y una mujer, tomaron la comisaría de Gonnet. Una población rural de La Plata ubicada en la provincia de Buenos Aires a 50 kilómetros de la Capital Federal. Robaron armamentos y uniformes policiales. El grupo guerrillero tomó por asalto la comisaría, al simular una pareja de guerrilleros haber sido embestidos por otro automóvil, por lo que se presentaron para hacer la denuncia. Los atendió el propio subcomisario, quien cuando accedió a salir junto con un auxiliar para ver los daños del vehículo, fue encañonado por cuatro personas que habían estacionado un Peugeot a metros del destacamento. Una vez que entraron a la comisaría, los seis integrantes del grupo redujeron a los otros tres agentes que permanecían en el local, arrebatándoles sus armas y encerrándolos en una de las dependencias.

Luego de tomar la comisaría, otro grupo armado ingresó violentamente a las oficinas del Ferrocarril Roca. Tras reducir al personal, cortó los cables del telégrafo y del teléfono.

Otros integrantes hicieron lo mismo con el personal de la oficina telefónica, siguiendo rigurosamente el procedimiento establecido que se repetiría luego en otros operativos.

Una vez finalizado el operativo, el ERP distribuyó un comunicado adjudicándose el mismo y afirmando haberse llevado una ametralladora Uzzi, cuatro pistolas Browning y varias cajas de municiones de la comisaría.

El 18 de agosto de 1971, el ERP intentó secuestrar al Teniente General

Julio Alsogaray en momentos en que este salía de su domicilio en la Capital Federal.

Ante la inesperada resistencia del militar, el Gallego huyó sin cumplir el objetivo, A los pocos días, Palmeiro fue apresado y alojado en la Cárcel de Devoto.

Estuvo preso en Devoto cinco meses, hasta que se fugó en el mes de febrero de 1972, aprovechando la visita de su hermano Gonzalo que se hizo pasar por su abogado.

El Gallego, salió caminando de la cárcel para volver a la clandestinidad y a la lucha armada.

El Comité Militar Regional del ERP planeó y ejecutó el sábado 29 de enero de 1972 el robo al Banco Nacional de Desarrollo.

El BANADE estaba ubicado a pocas cuadras de la Secretaría de Inteligencia del Estado, de la SIDE, y próximo a la Casa Rosada, lo que hacía de la zona una de las más vigiladas del centro de la ciudad.

El edificio del BANADE, poseía en el subsuelo una de las bóvedas más seguras de la época, la que se consideraba inexpugnable y parecía imposible que pudiera ser abierta.

Sin embargo, un comando del ERP bajo la dirección de Osvaldo De Benedetti y Jorge Bellomo, con la complicidad de dos empleados del Banco, redujeron el sábado por la noche al personal de seguridad y a los serenos y permanecieron toda la noche en el subsuelo abriendo la bóveda con sopletes.

En la operación, se llevaron un botín de más de 400 millones de pesos, que al cambio del día representaban aproximadamente 10 millones de dólares estadounidenses.

Fue el robo más audaz cometido en el país, al que los guerrilleros lo calificaron como una expropiación.

El robo, que parecía haber salido de la mente ingeniosa de un director de cine, sobrepasó lo visto en Rififi, la vieja película francesa, demostrando una vez más que la realidad supera en muchos casos a la ficción.

El comando del ERP para entrar al banco, contó con la ayuda de dos empleados: Oscar Serrano, que trabajaba como sereno y Ángel Abus, que era ascensorista.

Las crónicas de la época relataron que Abus invitó la noche del robo al personal de seguridad a una cena, entrando tres cajas con pizzas de un local cercano y una cuarta con una pistola adentro con la que los guerrilleros redujeron al personal del banco.

Una vez reducido el personal, pudieron ingresar al garaje del banco. Cortaron la luz para evitar que sonaran las alarmas y entraron con una camioneta conducida por el arquitecto José Miguel País.

País, fue fundamental en la ejecución del plan. Fue el que estudió los planos aportados por Serrano y Abus y el que determinó la forma de llegar a la bóveda.

Aprovechó para eso la abertura que había sido hecha unos meses atrás para instalar un extractor de aire y hacer allí un boquete de un metro por sesenta centímetros.

En la camioneta, además de País, ingresaron tres personas encargadas de utilizar los sopletes para abrir las bóvedas y descargar las herramientas.

Bajaron dos faroles y un bidón de kerosene y se pusieron a trabajar en un ambiente insalubre debido al elevado calor reinante en el sótano; al fuerte olor a acetileno y a la humareda que producía la fundición de los hierros con el boquete.

Antes de las 6 de la mañana, en que entraba el personal del banco, cargaron los billetes en bolsas de arpilleras y las subieron a un automóvil Peugeot que estaba en el garaje.

Una vez cargados los billetes, salieron junto con la camioneta que conducía De Benedetti, que llevaba las herramientas, llevándose más de 400 millones de pesos sin haber disparado un solo tiro.

Al día siguiente, el gobierno militar publicó un aviso en todos los diarios, solicitando la captura de Ángel Abus, su esposa Laura Zona y de Oscar Ángel Serrano por estar vinculados con el robo al banco.

El 21 de marzo de 1972, una célula del ERP liderada por Osvaldo De Benedetti secuestró al empresario ítalo-paraguayo Oberdan Sallustro D'Amato, Director General de la empresa Fiat, quien apareció muerto unas semanas después con dos tiros en el pecho y un tiro en la cabeza.

A partir de la victoria de la fórmula peronista en las elecciones de 1973, lo que significó una dura derrota de la dictadura, los grupos subversivos cometieron varios atentados en la provincia de Buenos Aires.

Para evitar nuevos atentados, el Gobierno de Lanusse había sacado al Ejército a la calle para controlar los pasos de la Capital Federal hacia la provincia, ordenando un exhaustivo control automotor.

A poco más de un mes de las elecciones presidenciales del 11 de marzo de 1973, en las que había resultado ganadora la fórmula Cámpora – Solano Lima del FREJULI con casi el 50% de los votos; el grupo guerrillero ERP-22 de Agosto, liderado por el Gallego Fernández Palmeiro decidió darle un golpe de efecto a la dictadura del presidente Lanusse, autodenominada Revolución Argentina.

Se trataba de demostrar la inutilidad de los rastrillajes y el control de vehículos realizados por el Ejército luego de las elecciones presidenciales, decidiendo para ello tomar un pueblo del Gran Buenos

Aires.

El Comando de Inteligencia de la organización guerrillera ERP-22 de Agosto, luego de realizar un estudio sobre la factibilidad de la operación, decidió ocupar la localidad de Ingeniero Maschwitz.

Maschwitz, era un pueblo de casas bajas de aproximadamente 5.000 habitantes a poco menos de 30 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires.

Luego de efectuar un relevamiento de la ciudad y de los lugares que debían ser ocupados, se eligieron las armas y los vehículos a utilizar.

Decidieron utilizar un Chevrolet 400, un Peugeot 504 y una camioneta F-100.

Alistaron a doce combatientes, parte de los cuales se reunieron en la plaza cercana a la comisaría de Carupá, donde se distribuyeron las armas.

Una vez que estuvo todo preparado, el Gallego Palmeiro entró con su auto a la ciudad, cruzando la misma por su calle principal y regresó al lugar en el que estaban todos reunidos, informándoles que estaban en condiciones de comenzar con el operativo. Fue entonces que los grupos se dirigieron a los lugares previamente establecidos.

Se había decidido ocupar el Destacamento de Policía, el Correo, la Estación del Ferrocarril y la entrada y salida de los teléfonos.

El primer grupo de cinco combatientes tomó la comisaría liberando al único preso que estaba allí detenido.

El segundo grupo de dos combatientes se hizo cargo del Correo y anuló las comunicaciones con el exterior.

Los restantes miembros alistados se ocuparon de controlar la estación de ferrocarril, de cortar las líneas telefónicas y de pintar las paredes con aerosol con mensajes alusivos a la Organización ERP22 de Agosto.

Para ocupar la comisaría, colocaron una camioneta similar a la que solía estacionarse en la puerta con la inscripción de una empresa de electricidad.

El Gallego, bajó de la camioneta de riguroso saco y corbata al tono con una carpeta bajo el brazo, seguido por dos compañeros vestidos con overol, luciendo sendos cascos en sus cabezas.

La puerta de la comisaría estaba cerrada, por lo que el Gallego tocó timbre, atendiéndolo un policía a través de la ventana de la puerta. Preguntado que quería, Palmeiro le dijo que venían a hacer una denuncia por accidente de trabajo. Que un operario se había caído de una torre y que estaba grave.

El policía le manifestó que tenían que volver a la tarde, porque se habían ido todos en comisión y estaba solo en ese momento.

La suerte estuvo otra vez del lado del Gallego, ya que en ese momento

llegó un vecino pidiendo permiso para utilizar el teléfono. Cuando el policía abrió la puerta para dejarlo pasar, entraron el Gallego y sus dos acompañantes, sacaron sus armas y redujeron al efectivo policial. Se pusieron entonces a recolectar las armas y municiones que encontraron, las que junto con los uniformes y documentos que recogieron, fueron llevados a la camioneta preparada para escaparse de la ciudad.

Antes de irse, liberaron al único preso que estaba detenido por levantar quiniela en el pueblo. La toma de la comisaría, puso en ejecución el resto del plan.

La pareja encargada de tomar el correo, caminó rápidamente la cuadra que separaba a este de la comisaría y entró violentamente al mismo, sacando sus armas y reduciendo al único empleado que estaba en ese momento. Cortó el telégrafo y pintó con aerosol en las paredes las siglas del ERP-22 de Agosto. Todo ello en apenas cinco minutos desde que entraron, volviendo luego al lugar elegido para la retirada.

El grupo encargado de la toma de la Estación del Ferrocarril llegó justo en el momento en que arribó un tren que llenó de gente el andén. Esperó entonces a que se despejara un poco y entró a las oficinas. Redujo al personal que se encontraba allí y cortó las comunicaciones con el exterior. Antes de retirarse dejó en las paredes pintadas de la organización. Después de explicarles a los pasajeros el motivo de la ocupación, cruzó a la plaza, que está enfrente de la comisaría.

La vieja estación de trenes de Ingeniero Maschwitz, construida en 1912, era una parada importante del Ferrocarril Mitre que conectaba las estaciones de Villa Ballester y Zárate.

Era un punto de partida y de llegada para muchos vecinos para trasladarse a Buenos Aires y a otras localidades de la zona.

Los dos combatientes encargados de cortar las comunicaciones telefónicas, llevaban un machete en la espalda y apoyados en el cinturón una pequeña hacha y una pistola. Una vez situados bajo el poste de entrada y salida de los teléfonos del pueblo donde estaban los cables, uno de ellos trepó hasta donde estaban éstos, y los cortó de un machetazo.

El operativo de la toma de la ciudad dirigido por el Gallego se desarrolló de acuerdo con lo planeado, sin disparar ni un solo tiro ni entrar en enfrentamiento con las fuerzas de seguridad que se encargaban de los controles del tráfico.

Sin embargo, quedaba aún por sortear con éxito la retirada. Una vez finalizado el operativo, todo el grupo se reunió en la plaza y fueron subiendo a los vehículos para llegar a la estación de Carupá.

En el trayecto había que atravesar unas barreras que, al momento de cruzarlas, estaban bajas. En el carril de enfrente estaban esperando que

abrieran un Jeep y un Torino de la policía de la provincia de Buenos Aires, cada uno con cuatro efectivos.

Cuando pasó el tren, los tres vehículos del grupo guerrillero, con cuatro, tres y cinco combatientes cada uno, se cruzaron lentamente con los de los efectivos policiales sin ningún contratiempo. Otra vez la suerte estuvo del lado del Gallego, que decidió no iniciar ningún enfrentamiento, jugándose a que pasaran de largo. Una vez en la estación de Carupá, la mayoría de los integrantes del grupo tomaron el tren colocando los bolsos con las armas y demás elementos en los portaequipajes ubicados encima de los asientos. Al día siguiente, *Clarín* y *Crónica* informaron en tapa el copamiento de Ingeniero Maschwitz y el impresionante despliegue de efectivos de seguridad en las rutas para detener a los guerrilleros.

El derrotero del Gallego, en estos tiempos violentos y su elección por la lucha armada, pasó del reformismo del Partido Comunista a la radicalización del Partido Comunista Revolucionario. El PCR era el brazo armado del ERP donde permaneció hasta la creación del ERP-22 de Agosto.

Como respuesta a la Masacre de Trelew, el ERP realizó varios ataques contra oficiales de la Marina. El Gallego fue uno de los que programó el secuestro del contralmirante Francisco Agustín Aleman, ex Jefe del Servicio de Informaciones Navales de la ESMA y miembro del Consejo de Almirantes. El secuestro se llevó a cabo el 1° de abril de 1973, pese a la oposición de Santucho, lo que reavivó las discusiones entre ambos.

Aleman fue secuestrado en su casa de Recoleta el domingo 1° de abril de 1973.

El día del secuestro, fue un día lluvioso en el que por la noche Oscar Ciarlotti, sobrino político de Aleman, se presentó en la casa del marino junto a su novia María Magdalena Nosiglia. A los pocos minutos ingresaron cinco personas que se presentaron como amigos de Ciarlotti, pero que luego se identificaron como miembros del ERP.

Los guerrilleros amordazaron a la mujer y al hijo de Aleman y los encerraron en un baño. Le aplicaron una inyección al Contralmirante para dormirlo y se lo llevaron. Antes de irse, pintaron con aerosol en el living de la casa: “ERP – Justicia Popular por Trelew”.

El Contralmirante fue liberado el 7 de junio de 1973, trece días después de la asunción de Cámpora, después de pasar 68 días en cautiverio.

A partir de la escisión del ERP, el Gallego acompañó al movimiento popular que se gestaba para tomar el poder a través de las elecciones del 11 de marzo de 1973, apoyando a la fórmula del FREJULI.

Secuestró a Héctor Ricardo García, propietario del diario *Crónica* y del

Canal Once de Televisión, para difundir su apoyo a la fórmula del peronismo y culminó con el asesinato del Almirante Quijada que terminó también con su vida.

Sin desconocer que la violencia fue una constante en la vida política argentina desde tiempos lejanos, las décadas del 60 y del 70 incrementaron la misma con la aparición de las organizaciones armadas del peronismo proscripto y de la nueva izquierda.

Estas organizaciones adoptaron la lucha armada como un medio para conquistar el poder, utilizando la guerra urbana como una herramienta para lograr los fines de la política, convencidos de que los otros medios habían fracasado.

El Gallego vivió en una Argentina violenta. Gobernada en períodos por militares y en otros periodos por gobiernos debilitados por haber sido elegidos en comicios en los cuales el peronismo estuvo proscripto. Vivió en una Argentina con gobiernos débiles y organizaciones armadas fuertes.

Desde que ingresó a la Federación Juvenil Comunista a los 15 años hasta su muerte en 1973 el Gallego Palmeiro nunca vivió en una democracia plena.

Vivió en una época donde una parte importante de la juventud se volcó a la lucha armada, desplegando una violencia que no controlaron. Tomando riesgos y acercándose al peligro de una forma temeraria.

Fue parte de una generación que creyó que era posible tomar el poder y construir una sociedad más justa a través de las armas. Naturalizando la violencia y la muerte como nunca antes y como nunca se naturalizó en nuestro país después.

Muchos de esa generación terminaron muertos. Los que quedaron vivos terminaron viviendo una vida totalmente distinta a la que imaginaron.

Vivió en una época en que la muerte no era igual para todos. En una época en que se festejaba la muerte de los adversarios y se lamentaba la muerte de los propios.

En una época en que los diarios hablaban diariamente de muerte y de sangre. En una época en que no se reconocía al otro como a un igual, en que se desconocía su humanidad.

En la que los velorios y los entierros pasaron a ser medios de propaganda, tanto para las organizaciones guerrilleras como para las fuerzas estatales. Los participantes los utilizaron para referirse a los muertos como héroes o como mártires. Para reafirmar sus lealtades y para jurar venganza. La Triple A en algunos asesinatos dejaba como marca las tres letras escritas con sangre en un papel. En algunos

velorios y entierros se escuchaba y se leía que “la sangre montonera es patria y es bandera” o que “la sangre derramada no será negociada”. También se decía que “si lo mataron fue por algo”. Se hablaba de desapariciones o de la muerte en enfrentamientos, atentados o fusilamientos como algo que sucedía en el devenir natural de la vida.

Se habló durante mucho tiempo de una guerra. De una guerra entre la derecha y la izquierda. De una guerra entre las Fuerzas Armadas y las organizaciones guerrilleras. De una guerra de dos demonios. En el prólogo del Informe de la CONADEP del “Nunca más” se dijo que: “Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países”.

Agregando luego que ello “no fue de esta manera en nuestro país: a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado absoluto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos”.

Ante la teoría de los dos demonios, muchos consideraron que en realidad se trató de una guerra de un solo demonio. La violencia. La violencia alimentada por la venganza. La violencia alimentada por la represalia sangrienta En los últimos años de la década del 60 y los primeros años de la década del 70, período en los que actuó el Gallego, se naturalizó el recurso de la violencia y de la muerte como una forma de acción política. Se naturalizó también la represalia sangrienta y la venganza como una forma de hacer justicia.

Participaron de esta violencia colectiva las organizaciones guerrilleras, los sindicatos, las Fuerzas Armadas, la policía y las fuerzas parapoliciales. Al uso de la violencia se respondía con la venganza como una forma de justicia. La violencia que nunca dio soluciones y la venganza que nunca brindó justicia.

La violencia dejó una herida muy profunda en la sociedad que aún no se pudo curar.

Dejó madres buscando hijos. Hijos buscando madres y a miles de personas llorando a sus muertos.

Dejó además una grieta cuyos bandos cambian de nombre sin que se pudiera encontrar hasta ahora la forma de cerrarla.

3
DEVOTO

“Porque tengo un hermano, sé que siempre tendré a un amigo”.

En septiembre de 1971, el Gallego Palmeiro fue detenido tras el intento de secuestro del general Julio Alsogaray y enviado al penal de Villa Devoto. Lo que parecía un operativo sencillo –sorprender al militar y subirlo por la fuerza a una camioneta– se frustró por la inesperada resistencia de Alsogaray. El general se enfrentó cuerpo a cuerpo con Palmeiro y logró que desistiera, obligándolo a retirarse sin cumplir el objetivo.

El destino, siempre caprichoso, volvería a cruzar sus caminos. Julio Alsogaray, quien había encabezado el golpe de Estado contra Illia en 1966 y se había resistido a ser secuestrado por la guerrilla, debió reconocer años más tarde el cadáver de su propio hijo, Juan Carlos, militante montonero muerto en combate en Tucumán. El general Bussi, jefe de la Quinta Brigada, lo trató con dureza en ese encuentro. La tragedia no distinguía bandos.

Días después del intento de secuestro de Alsogaray, el Gallego fue apresado, permaneciendo cinco meses encerrado en esa vieja cárcel inaugurada en 1927 como prisión para contraventores, dependiente de la Policía Federal Argentina.

Años después, ese mismo penal sería escenario de la Masacre del Pabellón Séptimo, el 14 de marzo de 1978, cuando una violenta requisa derivó en un incendio que provocó la muerte de 65 reclusos. El levantamiento fue también conocido como el Motín de los Colchones y motivó la iniciación de una causa penal.

Luego de un proceso que se prolongó por largos años, el Tribunal Oral Federal N° 5, consideró que el hecho constituyó una grave violación a los derechos humanos y condenó a 25 años de prisión a Juan Carlos Ruiz, exdirector del Instituto de Detención y a Horacio Martín Galíndez, exjefe de la División Seguridad Interna, por imposición de tormentos reiterados a 88 personas y por tormentos seguidos de muerte en 65 casos.

La cárcel de Devoto, también fue utilizada durante la dictadura

militar que sufrió el país entre 1976 y 1983, como Centro Clandestino de Detención.

Pasaron por la cárcel más de 1.000 personas, no habiéndose tenido noticia en muchos casos del destino final de los apresados ilegalmente. Según el relato de no pocos sobrevivientes, era común la visita de un sacerdote que recorría los pabellones para dar la extremaunción a presos a los que no se los veía más. Algunos cuerpos de los detenidos se encontraron tiempo después flotando en el Río de la Plata, como consecuencia de los llamados vuelos de la muerte.

Los cinco meses que el Gallego permaneció encerrado le parecieron años y no lo llegaron a acostumbrar del todo al sórdido sonido del chirrido de rejas que se abrían y se cerraban continuamente. Al ruido de los candados y al sonido de las llaves que acompañaban el paso de los guardias. A ver el sol a través de los barrotes. A cumplir horarios para levantarse, para acostarse y para comer. A comer lo que le sirvieran, que casi siempre era difícil de digerir y a respirar un aire enviciado entre paredes.

El encierro no lo abatió, usó cada una de las horas, de los días y de los meses que pasó en Devoto para estudiar los horarios de los cambios de guardia. La personalidad de los custodios y los días en que la vigilancia se relajaba, viendo la manera de encontrar algún resquicio para poder salir de allí.

No solamente planeaba cómo salir de la cárcel, sino también cuáles serían los nuevos ataques contra el orden establecido por el gobierno de facto militar, una vez que volviera a ser libre.

Durante su encierro recibió las visitas de su hermano Gonzalo, quien le preguntaba en cada una de ellas cómo podría ayudarlo, a lo que el Gallego le contestaba que algo se le iba a ocurrir.

Una tarde le relató lo que había concebido para poder escaparse de Devoto sin ejercer violencia, intercambiando identidades durante una visita profesional.

Le pidió a Gonzalo que consultara a un primo que se había recibido de abogado para que lo asesorara sobre el protocolo de ingreso de los letrados. Los dos acordaron en ejecutarlo en la próxima visita.

Siguiendo el plan ideado por Palmeiro y con el asesoramiento de su primo, una tarde de febrero de 1972, el Gallego recibió la visita de su hermano menor.

Gonzalo antes de ir a visitar a su hermano, se fue a cortar el pelo a la barbería de Salvador Ghío –apodado Tijerita– ubicada en la calle Costa Rica, a pocos metros de su casa, para imitar el mismo corte que tenía el Gallego. Se puso un pantalón beige idéntico al que vestiría su hermano en la cárcel y una camisa blanca parecida a la que tenía Vetín.

Al llegar a la cárcel de Devoto, dependiente del Sistema Penitenciario, ubicada en la calle Bermúdez del barrio de Devoto que le dio su nombre, Gonzalo se presentó como su abogado y pasó al lugar de visitas, que comprendía una serie de mesas en las que se sentaban de un lado los presidiarios y del otro sus abogados.

Apenas entró, Gonzalo colgó su saco en el respaldo de su silla y dejó al sentarse, sus anteojos de marco negro arriba de la mesa.

Cuando llegó su hermano Vetín, se puso de pie y luego de saludarse y abrazarse, en un descuido del guardia, se sentaron Gonzalo en el lugar de los presidiarios y el Galllego en el lugar de los abogados.

En décimas de segundos, Vetín se puso los anteojos que había llevado Gonzalo y comenzó a hablar con este, en un tono levemente autoritario. El cine argentino se había perdido un gran actor. El Gallego parecía un alumno salido del Actor's Studio.

Luego de conversar sobre distintos temas legales, una vez agotado el tiempo de visita, el Gallego Palmeiro se incorporó y se puso el saco de su hermano.

Al irse, le dijo a Gonzalo, que había ocupado su lugar, en un tono doctoral y suficientemente fuerte para que fuera oído por el celador:

—Bueno mi amigo, no se haga ningún problema, que el juicio está encaminado y las cosas van a salir bien.

Saludó con una sonrisa al guardia, mientras Gonzalo se dirigía al lugar de la celda de su hermano, donde permaneció hasta el 11 de marzo de 1973, en que el Gobierno levantó provisoriamente el estado de sitio.

Esa fue la última vez que Gonzalo vio a su hermano Vetín.

El Gallego saludó a los integrantes del Servicio Penitenciario con los que se cruzó y le deseó un buen día al que lo despidió en la puerta, jurándose para sus adentros no volver a pisar una cárcel.

Al salir, sintió el calor del sol y el aire inconfundible de la libertad en su cara y se fue caminando despacio hasta el bar cercano a la salida, donde se encontró con un compañero que lo esperaba allí.

Se tomó un café y fue junto con su ocasional compañero hasta la esquina, donde lo estaba aguardando un automóvil de apoyo que lo devolvió a la ciudad.

Cuando el Gallego Palmeiro cruzó las oxidadas rejas de la vieja cárcel de Devoto, volvió a la vida. Volvió a la acción.

Volvió a una vida de acción que no sabía de descansos. A una vida que lo encontró a los pocos días de dejar el penal de Devoto, programando como jefe externo la fuga del penal de Rawson y el secuestro de un avión. Del avión de línea de Austral, que recogió a los presos fugados de Rawson en el Aeropuerto de Trelew, para llevarlos a

Chile.

Durante varios años, el tema de la fuga del Gallego, fue comentario obligado de los guardias de la cárcel de Devoto, donde la figura de Palmeiro se agigantó hasta límites insospechados.

Se llegó a decir que parecía que no caminaba. Que se deslizaba sin tocar el suelo. Que semejaba ser la figura de un galán de cine salido de la pantalla de alguna película de Hollywood. Que se volvía invisible a los ojos de todos. Que parecía otro.

Las distintas historias que se contaban eran contradictorias entre sí. En ellas se mezclaban, la realidad y la ficción. Convirtieron la historia del Gallego que se escapó caminando de Devoto, en una leyenda que fue pasando de boca en boca y aún hoy perdura entre los integrantes del Servicio Penitenciario.

Su hermano Gonzalo, fue procesado como cómplice por la fuga del Gallego y sobreseído en el juicio penal que se le siguió por considerar el Tribunal que no había cometido ningún delito.

A pesar de lo resuelto en sede judicial, debió seguir en prisión a disposición del Poder Ejecutivo en virtud del Decreto Secreto 952 del 22 de febrero de 1972.

Una vez puesto a disposición del Poder Ejecutivo, Gonzalo fue posteriormente enviado a la cárcel de Rawson y trasladado nuevamente a Devoto para ponerlo en libertad en marzo de 1973 tras permanecer más de un año privado de su libertad.

Durante su permanencia en la cárcel de Rawson, varios militares en conversaciones reservadas con Gonzalo, le manifestaron su admiración por la actitud de haber ayudado a su hermano. De haberlo ayudado, sabiendo las consecuencias que inevitablemente tendría, manifestándole que la Patria necesitaba tener hombres con su valentía y solidaridad. Hombres que se jugaran la vida por el otro sin esperar nada a cambio.

La vida de Gonzalo Fernández Palmeiro luego de salir en libertad en marzo de 1973, después de protagonizar la fuga de su hermano siguió su curso.

Alejado de la política y de las organizaciones guerrilleras, se reunía con sus amigos del barrio de Palermo Viejo, en la Confitería Gamenara de Córdoba y Canning, hoy Scalabrini Ortiz o en el Café Carioca de Lavalleja y Córdoba.

En esa época, salía con algunos amigos desde el Café Carioca en una camioneta, a vender baterías de cocina o alfombras que ofrecían como si fueran de marcas conocidas. Tocaban el timbre de las casas, pretextando que la mercadería le habían quedado del reparto de las fábricas donde trabajaban. En algunos casos llegaron a venderles a los

ocupantes de una casa, más de una vez.

Gonzalo tenía en esa época una Estanciera IKA utilitaria, fabricada en Argentina en virtud de un acuerdo celebrado con la firma estadounidense Willys Station de Estados Unidos, cambiándola al tiempo por una camioneta Fiat 1500 Multicarga blanca.

Salía con un guardapolvo a ofrecer la mercadería que había comprado a bajo precio y que distaba bastante del que lograba obtener por su venta. Su vida rutinaria duró poco.

El destino le tenía preparado un trágico final en el entrecruzamiento permanente de venganzas juradas. De represalias sangrientas. Nunca le habían perdonado que colaborara en la fuga de su hermano.

Al poco tiempo de quedar en libertad, Gonzalo notó que era seguido en la calle por personas que aparentaban ser de alguna fuerza de seguridad.

Una tarde, en un confuso episodio, evitó ser secuestrado, al confundirse con la gente que caminaba por la calle Florida y entrar rápidamente en las Galerías Pacífico antes de llegar a la Avenida Córdoba.

Apenas entró a la galería, se ocultó en uno de los baños, en el que permaneció escondido por más de una hora, esperando que se retiraran sus seguidores.

Gonzalo, a partir de ese incidente, pasó a la clandestinidad en pleno gobierno democrático.

Entendió rápidamente que ni los militares ni la policía le iban a perdonar alguna vez que hubiera ayudado a su hermano a escapar de Devoto, a pesar de haber pasado más de un año privado de su libertad.

Pasar a la clandestinidad no significó solamente ocultarse, sino también renunciar a las charlas con sus amigos. Renunciar a su trabajo, ordinario pero que le alcanzaba para su sustento. En definitiva, renunciar a la vida que venía llevando hasta entonces.

Gonzalo evitó visitar los lugares conocidos, descubriendo lugares nuevos. Comenzó a caminar mirando a los costados para evitar ser sorprendido.

No pretendió desaparecer, sino transformarse en otra persona. Cambió su aspecto físico para dejar de ser visible y poder seguir viviendo.

La decisión de pasar a la clandestinidad la tomó en pleno gobierno democrático y antes del golpe de 1976, que no llegó a ver. Cuando comprendió que la legalidad no era para todos. La tomó después de que advirtió que era seguido por la calle y de enterarse de que cada vez había más desaparecidos o muertos en circunstancias extrañas.

La tomó cuando la policía y los grupos parapoliciales de tareas se adueñaron de la ciudad.

Fue entonces cuando se contactó con Mariano, un miembro de la Organización Montoneros, que le aconsejó esconderse en una vieja pensión de Once.

Al pasarle la dirección, le advirtió que para entrar debía dar tres golpes fuertes en la puerta, hacer una pausa y golpear nuevamente dando dos golpes y esperar que le abrieran.

En esa pensión empezó la vida nómade de Gonzalo, viviendo sucesivamente en un pequeño cuarto prestado en Barracas, en un departamento en Wilde y en la casa de un amigo de Palermo Viejo que fue su última morada.

Una fría noche de septiembre de 1974, mientras estaba solo en la habitación del hijo de los dueños de la casa de Scalabrini Ortiz entre Costa Rica y Guatemala, donde se había ocultado hacía apenas tres días, lo sorprendió la muerte.

Lo sorprendió mientras estaba tendido en la cama viendo por televisión un partido de Independiente, que jugaba por ese entonces la Copa Libertadores de América.

La noche de su asesinato, el amigo que le proporcionó el escondite en la casa de sus padres, había salido con una chica que conoció esa misma tarde, por lo que el hermano del Gallego Palmeiro estaba solo en su habitación.

Antes de la medianoche, dos comandos parapoliciales presuntamente de la Triple A, entraron a la casa, sin violentar la cerradura de la puerta de calle. Sin mediar palabra alguna, lo fusilaron dándose luego a la fuga.

La Alianza Anticomunista Argentina, conocida como la Triple A, fue una organización terrorista parapolicial de ultraderecha creada con apoyo de la logia italiana Propaganda Due por José López Rega, quien ocupó el Ministerio de Bienestar Social durante los gobiernos de Perón e Isabel Perón.

López Rega, acusado de realizar ritos esotéricos y prácticas ocultistas en la Quinta de Olivos, huyó del país en un avión oficial en el mes de julio de 1975, iniciando un exilio de diez años como prófugo de la justicia. El hombre que decía hablar con los espíritus se había quedado solo, sin nadie que lo defendiera y decidió huir para evitar ser detenido.

En 1986 fue apresado y extraditado desde los Estados Unidos y murió en prisión en la Argentina, el 9 de junio de 1989, acusado por asociación ilícita, secuestro y homicidio.

Participaron de la Triple A, peronistas como Julio Yessi, antiperonistas como los jefes operativos Alberto Villar y Luis Margaride, miembros de la Policía Federal, de las Fuerzas Armadas y de

la Secretaría de Inteligencia del Estado.

Formaron parte también, delincuentes comunes como Aníbal Gordon, a quien durante la última dictadura militar se lo sindicó como director del centro clandestino de detención, tortura y exterminio conocido como Automotores Orletti.

La Triple A, que dejó de funcionar cuando triunfó el golpe de Estado de 1976, fue responsable de la desaparición y muerte de aproximadamente 1.000 personas entre políticos, estudiantes, sacerdotes y sindicalistas y del exilio forzado de artistas e intelectuales.

La muerte de Gonzalo, se dio después de que Perón expulsara de la Plaza de Mayo a los Montoneros en el acto del Día del Trabajo del 1° de mayo de 1974.

A los que calificó de “estúpidos” e “imberbes”, marcando un quiebre definitivo con la izquierda peronista que había contribuido a su regreso.

La expulsión de la Plaza profundizó la persecución definitiva por parte de la Triple A de los militantes de izquierda o acusados de serlo. La muerte no hacía distingos. La muerte los igualaba.

Gonzalo Fernández Palmeiro había nacido en Galicia el 8 de mayo de 1948, por lo que la muerte lo sorprendió a los 27 años. A la misma edad que había muerto dos años atrás su hermano Vetín, por lo que también pasó a formar parte del maldito Club de los 27.

En la fuga de Devoto, el Gallego Palmeiro y Gonzalo revivieron sin quererlo la historia de su padre Marino, quien siendo guardia civil del gobierno de Franco en España, ayudó a huir a su hermano Manuel, que era un militante republicano contrario al gobierno del Caudillo.

Marino, el padre de Víctor y de Gonzalo, era Guardia Civil de Orense en Galicia y su hermano Manuel era un militante del Partido Comunista español que había luchado en la Guerra Civil en las filas republicanas.

Una vez finalizada la Guerra Civil, Manuel se negó a dejar las armas ante el triunfo de Franco, comandando un grupo terrorista que continuó cometiendo atentados en toda España.

En el invierno de 1955, el Grupo, que comandaba Manuel detonó una bomba frente a la Caixa Galicia de La Coruña, provocando destrozos no solo en la entidad bancaria, sino también en las propiedades linderas.

La explosión causó temor en la población de La Coruña a pesar de que varios de los integrantes del grupo terrorista habían sido detenidos y alojados en las dependencias policiales.

Manuel, que había planificado el atentado y dirigido el mismo, había logrado huir junto a su segundo, pero estaba siendo intensamente buscado en todo el país, por lo que era cuestión de horas su localización y detención.

Para evitar ser atrapado, Manuel se presentó de improviso en la casa de su hermano Marino, el padre de Vetín y Gonzalo, en busca de ayuda.

Manuel y Marino eran hijos de un obrero republicano que había muerto en la Guerra Civil y habían crecido juntos en un hogar humilde del Barrio de As Pozas en el pueblo de Prada del municipio español de La Vega de la provincia de Orense en Galicia.

A pesar de haber recibido ambos el mismo trato y la misma educación, luego de la finalización de la Guerra Civil decidieron seguir caminos distintos.

Mientras Marino, cansado de las luchas fratricidas y de la inseguridad, se había alistado en la Guardia Civil de Orense. Manuel, imbuido por los ideales de su padre de igualdad y libertad, se unió a los grupos de resistencia armada, contrarios al gobierno de Franco, que se dispersaron por toda España.

Marino, que no compartía las ideas de su hermano, igual decidió ayudarlo, poniendo en juego su propia vida.

Lo ocultó en un pequeño establo a metros de su casa que hacía años estaba abandonado.

Le consiguió unos documentos falsos, algo de dinero que a Marino no le sobraba y un viejo mapa con una ruta casi olvidada para cruzar a Francia.

El mapa indicaba una ruta para cruzar por los Pirineos, luego de atravesar casi toda España, facilitando así el cruce a territorio francés.

El viaje de Manuel desde Orense hasta Hendaya no fue nada fácil ya que los 690 kilómetros de recorrido los realizó en un Renault 4 flojo de papeles y de mecánica.

Tuvo que atravesar León, Burgos y San Sebastián, tomando los caminos indicados por su hermano Marino para esquivar los controles policiales de la ruta.

Pasó luego por Irún para llegar a la frontera con Francia en el paso fronterizo de Bidasoa, pasando luego a Hendaya en territorio francés.

Después de unos días en Hendaya, siguió viaje hacia Marsella, recorriendo 820 kilómetros y cruzando casi toda Francia.

Atravesó Biarritz, Toulouse y Montpellier, para llegar al puerto de Marsella desde donde se embarcó hacia Buenos Aires.

El precio que debió pagar Marino por la ayuda fue caro.

Un compañero suyo de la policía española, encontró en el cajón del escritorio del padre del Gallego, unos papeles con documentación falsa y lo denunció a las autoridades.

Marino tuvo que escapar de España junto a su mujer, viajando de urgencia a Vigo con las pocas cosas que pudo recuperar y embarcarse desde el puerto en un barco a vapor de pasajeros con destino a Buenos

Aires en una travesía que duró 15 días.

Su hermano Manuel, luego de permanecer un mes en Marsella, se embarcó en un transatlántico de vapor de la Compagnie Generale Transatlantique (CGT) que, luego de atravesar el Atlántico Norte y efectuar varias escalas, tenía como destino final a Buenos Aires, arribando a la misma luego de 21 días de travesía.

El destino volvió a juntar a los dos hermanos en Buenos Aires, aunque Marino y Manuel tomaron caminos diferentes y se visitaron esporádicamente, evitando hablar de lo sucedido en España, como tantos otros inmigrantes que llegaron a Argentina luego de la guerra civil española.

Las historias familiares no empiezan ni terminan: se desplazan por el tiempo. Cambia de nombre, de escenario, de excusas, pero conservan una forma secreta, como si alguien –mucho antes– hubiera escrito un guion que nadie recuerda haber leído. Un guion que establecía que en esa familia la ayuda no se pedía, aparecía. Como si fuera una ley no escrita, una corriente subterránea que unía a los hermanos incluso cuando pensaran diferente.

El Gallego Palmeiro, después de fugarse de Devoto con la ayuda de su hermano, era una de las personas más buscadas del país, por lo que tuvo que ingeniárselas para conseguir un lugar seguro para evitar ser detenido.

Luego de vivir en una pieza alquilada en Constitución, se cruzó en la plaza con un compañero de la organización que lo contactó con su hermano.

Otra vez la suerte estuvo de su lado, ya que Juan, el hermano de su compañero, que no militaba en política, se ofreció para alojarlo en su casa por lo que convivió con él y con su esposa María, a quien sus amigos llamaban cariñosamente Cachavacha, en un departamento de dos ambientes en Palermo Viejo.

Juan, a quien todos conocían como el Hippie, y el Gallego enseguida se hicieron amigos.

Se pasaban las tardes en el departamento jugando al metegol, trenzándose en encarnizados partidos, ya que a ninguno de los dos le gustaba perder a nada.

Para hacer más difícil, los partidos de metegol, primero se prohibieron los goles con los jugadores del medio y luego los convertidos por los extremos. Se anotaban como válidos solamente los goles por tiros de los centros delanteros, de los dos defensores o del arquero.

El fútbol siempre formó parte de la relación entre el Gallego, fanático de San Lorenzo y el Hippie, fanático de River.

A pesar del riesgo que implicaba la concurrencia de Fernández

Palmeiro a una cancha de fútbol, ante los continuos pedidos del Gallego, decidieron el 9 de abril de 1972 ir juntos a la cancha de River a presenciar un partido.

Ese domingo jugaban River y San Lorenzo por la cuarta fecha del Torneo Metropolitano de la AFA, pasando el Gallego por delante de los policías que cuidaban la entrada para ingresar por la Tribuna Sívori Baja, donde Norberto, un amigo del Hippie, les facilitó la entrada.

Fue uno de los domingos más felices del Gallego, ya que esa tarde San Lorenzo le ganó 4 a 0 a River con tres goles del "Lobo" Fischer y uno del "Nene" Sanfilippo.

El Hippie, a pesar de provenir de una familia acomodada, se ganaba la vida o por lo menos la empataba tocando la guitarra y cantando en la Línea D del subterráneo de Buenos Aires. Durante su convivencia con Palmeiro, tuvo que agregar a su habitual repertorio de Los Gatos, de Almendra, de la Joven Guardia y de Los Náufragos algunas canciones de Paco Ibáñez, que era uno de los cantautores favoritos del Gallego. Principalmente, cuando Palmeiro lo acompañaba camuflado como turista, con un gorro que le cubría la frente, una camisa de colores y unos anteojos de sol.

Era muy fácil hacerse amigo del Gallego, porque era una persona extremadamente solidaria y generosa que irradiaba alegría y que vivía pensando en el otro.

Si bien una vez que el Gallego dejó el departamento del Hippie, ambos continuaron sus vidas por distintos senderos, se siguieron viendo esporádicamente.

Fue el Hippie quien le prestó el saco y la corbata con los que el Gallego se presentó como ingeniero en la toma de la comisaría de Ingeniero Maschwitz. La amistad, como tantas otras cosas, no se mide por el tiempo compartido, sino por la intensidad de la relación.

Algunos amigos te acompañan unos días, unos meses o unos años. Son pocos los que te acompañan hasta el final.

4

TRELEW

“Cada hombre es todos los hombres y su muerte nos disminuye”.

El Gallego Palmeiro participó también como jefe externo en representación del ERP de la fuga del Penal de Rawson, una cárcel de máxima seguridad ubicada a 1.500 kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires.

El establecimiento se levantaba en un pequeño pueblo de apenas siete mil habitantes, custodiado por un escuadrón de gendarmería y un destacamento del Ejército situado a solo tres cuadras, con alrededor de cien hombres. La geografía era tan inhóspita como estratégica: viento constante, horizontes interminables y una sensación de aislamiento que podía jugar tanto a favor como en contra.

A veinte kilómetros del penal se encontraba Trelew, una ciudad de veinte mil habitantes que albergaba la Base Almirante Zar de la Armada Argentina, con una importante dotación de infantes de marina.

Entre Rawson y Trelew estaba el aeropuerto, cerca del cual supo tener una casa Antoine de Saint-Exupéry, el autor de *El Principito*, quien además de escritor, era aviador. Ese paisaje patagónico, mezcla de soledad, viento y horizonte interminable, sería el escenario de uno de los episodios más dramáticos de la historia del siglo XX de Argentina.

La población carcelaria de Rawson había crecido de forma abrupta. Tras la rebelión popular cordobesa conocida como el Viborazo o –el segundo Cordobazo–, originada en una huelga general decretada contra el interventor José Carrillo Uriburu, el gobierno militar decidió trasladar a los detenidos de Córdoba al penal patagónico,

Al momento de la fuga, más de doscientos prisioneros ocupaban los seis pabellones de la cárcel, superando ampliamente la capacidad del establecimiento.

La planificación de la fuga estuvo a cargo de dirigentes de las tres principales organizaciones armadas: Fernando Vaca Narvaja, Marcos Osatinsky y Roberto Quieto por Montoneros y las FAR; y Mario Roberto Santucho, Enrique Gorriarán Merlo y Domingo Mena por el ERP.

La decisión estratégica fue clara: tomar la cárcel desde adentro, aprovechando el factor sorpresa y neutralizando el sistema defensivo antes de que pudiera activarse. Un ataque externo, como suponían las autoridades militares, habría sido suicida.

Durante los preparativos, Osatinsky y Santucho invitaron a Agustín Tosco, –el histórico dirigente gremial detenido tras el Cordobazo– a sumarse a la fuga. Tosco agradeció el ofrecimiento, pero les explicó que su compromiso era legal y sindical y que no podía pasar a la clandestinidad. Aun así, se ofreció a colaborar en todo lo que estuviera a su alcance.

El plan, que contemplaba la fuga de 110 detenidos, fue discutido durante más de un mes por las conducciones del ERP, de las FAR y de Montoneros.

Finalmente, se resolvió aprovechar las inspecciones militares periódicas para sorprender a los guardias. Con la ayuda de un guardiacárcel, lograron ingresar un arma y un uniforme militar. Fernando Vaca Narvaja, que había estado cinco años en el Liceo Militar General Paz de Córdoba, se encargaría de hacerse pasar por un oficial de inspección.

Las compañeras detenidas, tejieron pulóveres de cuello alto como los que usaban los guardias y boinas blancas, idénticos a los que usaban los guardias. La fuga sería una coreografía precisa, donde cada detalle contaba.

La señal para iniciar el operativo fue la zamba “Luis Burela”, que cantaban los gauchos de Güemes en las luchas por la independencia. Cuando la música empezó a sonar, Vaca Narvaja –vestido de teniente– se mezcló entre los guardias y los fue desarmando uno a uno con la ayuda de los reclusos. Fueron abriendo reja por reja hasta llegar a la sala donde estaban las armas. El personal de custodia de la sala, luego de un intento fallido por defenderse, se rindió. Los guardias de los pabellones fueron reducidos sin que opusieran una resistencia importante.

Mientras tanto, el grupo de apoyo externo –entre ellos el Gallego Palmeiro– había logrado estacionar dos camiones, una camioneta y un Ford Falcon frente al penal. Los vehículos estaban listos para trasladar a los fugados por un camino de ripio hasta el Aeropuerto de Trelew, a 25 kilómetros, evitando los controles policiales de la ruta principal.

Pero la fuga no solo requería salir del penal: también era necesario decidir qué hacer después. Había dos opciones. Permanecer unos días en refugios cercanos, que debían contar con agua, alimentos y ropa de abrigo, como habían hecho los Tupamaros un año atrás al escaparse de la cárcel de Punta Carretas en Montevideo.

O secuestrar un avión de línea para dirigirse a Chile o a Cuba desde el Aeropuerto de Trelew. Se optó por esta última alternativa, por lo que se conformó un grupo externo con integrantes que permanecieran en Rawson, Comodoro Rivadavia y Trelew, comunicados entre sí.

En Rawson, se alistó a una persona fuera del penal, que debía hacer una señal para avisar a los presidiarios que el avión elegido para secuestrar había salido de Buenos Aires y otra señal para hacerles saber que la aeronave había despegado de Comodoro Rivadavia hacia Trelew, lo que marcaba que debían comenzar con la toma de la cárcel.

En pocos minutos, sin efectuar ningún disparo, los reclusos habían reducido a los guardias de los seis pabellones y se dirigieron hacia el Puesto de Guardia que controlaba la salida del penal.

Cuando los reclusos avanzaban hacia la Guardia, un guardiacárcel advirtió la situación y abrió fuego. Ese disparo aislado –el primero de toda la operación– quebró la perfección del plan. Se produjo un breve intercambio de tiros en el que cayó abatido el guardiacárcel Juan Gregorio Valenzuela. Ese instante, apenas unos segundos, alteró el destino de la fuga.

El estruendo del enfrentamiento hizo que los dos camiones y la camioneta del grupo externo se retiraran creyendo que el operativo había fracasado. Solo quedó el Ford Falcon conducido por Carlos Goldemberg, que aguardó firme en su posición. Esa decisión individual –quedarse cuando todos se retiraban–, permitió que los seis jefes de las organizaciones armadas lograran escapar del penal.

Marcos Osatinsky, Roberto Quieto, Mario Santucho, Domingo Menna, Enrique Gorriarán Merlo y Fernando Vaca Narvaja corrieron hacia el Falcon y se subieron como pudieron. El resto de los presos, sin transporte, quedó librado a su suerte. La fuga, que había sido diseñada para liberar a más de cien detenidos, comenzaba a fracturarse.

Durante los preparativos, el Gallego Palmeiro había mantenido una fuerte discusión epistolar con Mario Santucho. El Negro –como algunos lo llamaban en el ERP– defendía la idea de secuestrar un avión grande, un Boeing, para trasladar a los 110 presos. El Gallego, más pragmático, sostenía que era una locura: demasiada gente, demasiada exposición, demasiadas variables fuera de control. Su propuesta era otra: comprar un avión pequeño en Paraguay y evacuar a unos sesenta presos por el sur, en un operativo más discreto y manejable.

La discusión no era solo logística: era política, estratégica y hasta filosófica. Santucho creía en los golpes espectaculares, en la épica revolucionaria. Palmeiro, en cambio, privilegiaba la eficacia y la seguridad de los compañeros. Finalmente, prevaleció la postura de Santucho, y fue el propio Gallego –a pesar de no estar de acuerdo–

quien terminó secuestrando el avión BAC One-Eleven de Austral junto a Alejandro Ferreyra. La disciplina orgánica pesaba más que las diferencias.

El BAC-111 era un birreactor comercial para vuelos cortos, con capacidad para más de 130 pasajeros y autonomía suficiente para llegar a Santiago de Chile. No podía llegar a Cuba, pero sí cumplir con el plan original: cruzar la cordillera y solicitar asilo.

El avión elegido para secuestrar, por el horario de llegada al Aeropuerto de Trelew, fue el que realizaba el vuelo de Austral que salía del Aeroparque de Buenos Aires hacia Comodoro Rivadavia y regresaba a Buenos Aires previa escala en Trelew.

El 15 de agosto de 1972, el Gallego y Alejandro Ferreyra, vestidos con saco y corbata, abordaron en Comodoro Rivadavia el vuelo de Austral que haría escala en Trelew antes de continuar hacia Buenos Aires. En ese mismo momento, en Rawson, Santucho, Osatinsky y Vaca Narvaja tomaban simultáneamente los seis pabellones del penal.

En Trelew, Ana Wiessen –parte del grupo externo–, intentó demorar el vuelo alegando la pérdida de su equipaje. No lo logró. Subió entonces al avión, que quedó listo para despegar. Pero antes de que pudiera hacerlo, irrumpió el Gallego Palmeiro en la cabina. Le apoyó un revólver en la cabeza al piloto y le ordenó mantener los motores encendidos y dirigirse a la cabecera de la pista. El avión estaba tomado.

Desde la cabina se escuchó la voz firme de Ana Wiessen, que les pidió a los cien pasajeros, que permanecieran sentados, con las manos visibles y en calma. “Nada les va a pasar”, les dijo. Era una frase que buscaba tranquilizar, pero también marcar control.

Al llegar el Ford Falcon conducido por Carlos Goldemberg al aeropuerto, con los seis integrantes del Comité de Fuga, el avión estaba en la cabecera de la pista.

Al ingresar al edificio, una persona de civil reprendió a Vaca Narvaja:

—Teniente, tiene las charreteras al revés —le dijo con un tono autoritario.

A lo que Vaca Narvaja, advirtiendo que se trataba de un oficial le contestó:

—Disculpe ayer tuvimos una fiesta y ya sabe que a las chicas le gustan los uniformes.

—Sí, lo sé, yo también fui joven —le respondió el militar, que después se supo que se trataba del coronel Perlinger.

Ese intercambio, casi absurdo en medio de una fuga histórica, les permitió avanzar sin levantar sospechas.

Cuando los fugados se acercaron al avión, Palmeiro apareció con una azafata como escudo humano en la escalerilla y le apuntó a Vaca

Narvaja, creyendo que era un militar. Santucho gritó a tiempo:

—¡Es el Vasco!

El Gallego bajó el arma y ayudó a subir al grupo. Los pasajeros fueron obligados a descender, entre ellos el teniente Julián Licastro y cuatro gendarmes que viajaban de civil. Ninguno opuso resistencia. Los seis jefes ya estaban a bordo. Faltaba esperar a los demás.

Luego de subir al avión a los integrantes del primer grupo, decidieron esperar diez minutos más, hasta que los jefes de las organizaciones recién arribados, dieron la orden de despegar, obteniendo la autorización de la Torre de Control que también estaba tomada por dos integrantes del grupo de apoyo externo.

De los 110 presos que trataron de fugarse y que tenían el Penal de Rawson bajo control, solamente 19 detenidos, que seguían en el orden de prioridad para la fuga, luego de los seis jefes, pudieron llegar hasta el Aeropuerto de Trelew en cuatro taxis que habían pedido telefónicamente.

Los taxis habían sido pedidos, aduciendo ser familiares de los presidiarios que habían ido de visita al penal, quedando los restantes sin medios de transporte para llegar al aeropuerto.

Los 19 dirigentes de segunda línea de las organizaciones guerrilleras pertenecientes al ERP, las FAR y a Montoneros llegaron al aeropuerto minutos después que despegara el Boeing de Austral.

Estos presos, entre los que se contaban 15 hombres y 4 mujeres, fueron sitiados en el Aeropuerto de Trelew por un Batallón de Infantería de Marina al mando del Capitán de Corbeta Luis Sosa.

Tras varias horas de negociaciones, los presos que se encontraban cercados por efectivos de la Armada, aceptaron rendirse.

La rendición se dio después de arduas negociaciones con los jefes militares, en presencia del juez federal Alejandro Godoy, quien a pedido de los fugados, se apersonó en el lugar conjuntamente con un médico que constató el estado en el que se encontraban los retenidos. Luego de ser revisados por el Dr. Atilio Viglione, un ex vicegobernador radical, los presos dejaron las armas y salieron en fila.

Se había acordado que los presos fugados serían devueltos a la cárcel de Rawson, por lo que fueron llevados a un ómnibus que los trasladaría de vuelta al Penal.

Previo a entregarse, Pedro Bonet del ERP, María Antonia Berger de las FAR y Mariano Pujadas de Montoneros, comunicaron en una rueda de prensa las condiciones de la rendición: respeto a la vida, retorno al penal y presencia de autoridades civiles. Fue un gesto de dignidad en medio de la derrota.

Cuando se encontraban en el ómnibus y luego de esperar media hora,

el Capitán de la Armada Luis Sosa, a cargo del operativo, les comunicó a los prisioneros que el Poder Ejecutivo había decretado el Estado de Emergencia Nacional, por lo que la autoridad del juez, había cesado.

El Capitán Sosa hizo descender del ómnibus al juez Godoy, al médico Viglione, al abogado Mario Amaya y a dos periodistas locales, que también estaban en el vehículo. Amaya presentó un recurso de amparo al día siguiente, lo que le costó ser puesto también a disposición del Poder Ejecutivo, para luego engrosar las filas de los detenidos-desaparecidos en 1976.

El ómnibus con el contingente, tuvo un nuevo destino: la Base Naval Almirante Zar de Trelew, lo que constituyó el preanuncio de una muerte anunciada.

Una vez en la base, los presos fueron encerrados en ocho calabozos, colocando para custodiarlos a varios efectivos fuertemente armados.

Una semana después del arribo del contingente a la Base Naval, el Capitán Sosa junto al teniente Roberto Bravo y al Capitán Emilio Del Real hicieron salir a la madrugada a los 19 prisioneros de sus celdas y los fusilaron, rematándolos con sendos tiros de gracia para no dejar a ninguno vivo.

Como consecuencia de ello murieron Carlos Astudillo, Rubén Bonet, Eduardo Capello, Mario Delfino, Carlos Del Rey, Alfredo Kohon, Clarisa Lea Place, Susana Lesgart, José Mena, Miguel Polti, Mariano Pujadas, María Angélica Sabelli, Humberto Suárez, Humberto Toschi, Jorge Ulla y Ana Villarreal de Santucho.

Quedaron con vida María Antonia Berger, Alberto Camps y Ricardo Reneé Haidar, quienes lograron sobrevivir con graves heridas al haber sido dados por muertos por los integrantes de la Marina que participaron en el fusilamiento.

Los tres sobrevivientes, luego de esperar más de 10 horas para que los atendieran, fueron trasladados al Hospital de Puerto Belgrano.

De los 16 muertos, 11 eran miembros del PRT-ERP, 2 de Montoneros y 3 de las FAR.

Al día siguiente de la masacre, la noticia fue difundida ampliamente, tanto por la prensa nacional como por la internacional lo que provocó la indignación de la gente.

La noticia originó actos de protestas y levantamientos en distintas localidades y provincias del país, provocando enfrentamientos entre la policía y los manifestantes.

Se produjeron diversos atentados contra dependencias militares, llegándose a producir uno contra la Embajada Argentina en París que fue reivindicado por el ERP.

En Trelew se produjo un multitudinario acto de protesta, reclamando

la libertad de todos los presos políticos, lo que derivó en el allanamiento de varias casas del vecindario.

Las fuerzas policiales detuvieron a decenas de habitantes de la ciudad, por lo que las organizaciones sindicales decretaron dos huelgas generales que paralizaron las actividades de Trelew.

La fuga del penal de Rawson y la Masacre de Trelew debilitaron al gobierno militar, que se encontraba próximo a su finalización y a pocos meses del llamado de elecciones para retornar a la vida democrática.

Si bien en un primer momento se trató de ocultar la identidad de los autores materiales de la masacre, luego la justicia determinó que habían sido el teniente Roberto Guillermo Bravo, los capitanes Emilio del Real y Emilio Sosa y el suboficial, Carlos Morandino.

Después de un largo proceso, luego de 40 años y una vez anuladas las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, recién en el año 2012 el Tribunal Oral en lo Criminal Federal de Comodoro Rivadavia, presidido por el Dr. Enrique Jorge Guanziroli e integrado por los Dres. Nora Cabrera de Monella y Juan Leopoldo Velázquez condenó a cadena perpetua a Sosa, Morandino y Del Real.

El Tribunal en los Considerandos de la sentencia, dejó sentado que no trató en la causa de hacer historia, sino de hacer justicia. Dedicándose a analizar cómo el régimen de facto fue elaborando una política de persecución, concretándola en normativas e instrucciones a las fuerzas armadas, y ejercitándola en contra de grupos de personas civiles a los que atacó por sus ideologías, por sus actividades o por sus relaciones familiares.

Además de condenar a los participantes de la masacre, declaró el crimen de Lesa Humanidad, al considerar que los sucesos del 22 de agosto de 1972 fueron parte de un plan emanado de la autoridad gubernamental de facto, ejecutado por quienes eran funcionarios públicos en perjuicio de civiles indefensos, constituyendo un ataque generalizado y sistemático.

La lectura de la sentencia se realizó en el teatro del Centro Cultural Municipal “José Hernández” de Rawson, donde se habían llevado a cabo las audiencias.

Horacio Mayorga, el responsable militar de la Base Naval, no fue juzgado por su problema de salud y el ex teniente de fragata Roberto Guillermo Bravo por permanecer en Estados Unidos y haberse denegado su extradición.

Bravo había sido designado como agregado naval de la embajada en 1973, viviendo luego en Florida como ciudadano estadounidense, desarrollando una vida empresarial que lo convirtió en millonario.

En 2014, dos años después del juicio, Argentina volvió a reclamar la

extradición y a fines de 2019 fue detenido por orden de la Corte del Distrito Sur de Florida y sometido a juicio civil en Florida, en el que se lo consideró responsable de los crímenes de Trelew, condenándoselo a abonar 27 millones de dólares a los familiares de las víctimas.

En octubre de 2023 el pedido de extradición volvió a ser denegado por la justicia americana, por considerar que el "delito político" no estaba contemplado en el tratado de extradición entre la Argentina y los Estados Unidos.

El 5 de septiembre de 1972, a pocos días de la masacre, el capitán de navío Horacio Mayorga pronunció un discurso en la Base Naval Almirante Zar.

Frente al personal de la dependencia dijo: "No es necesario explicar nada. Debemos dejar de lado estúpidas discusiones que la Armada no tiene que esforzarse en explicar. Lo hecho bien hecho está. Se hizo lo que se tenía que hacer. No hay que disculparse porque no hay culpa. La muerte está en el plan de Dios no para castigo sino para la reflexión de muchos".

Para muchos, la Masacre de Trelew fue el comienzo del terrorismo de Estado, como metodología sistemática para luchar contra las organizaciones políticas armadas, sin las limitaciones que impone la ley.

El atardecer del 15 de agosto de 1972 encontró a los jefes del ERP, las FAR y Montoneros -junto al Gallego Palmeiro, Alejandro Ferreyra, Ana Wiessen y Carlos Goldemberg- volando hacia Chile en el avión de Austral.

El secuestro había sido exitoso, pero el destino final aún era incierto. Santucho, que había tomado el mando del grupo, le ordenó al Comandante que pusiera rumbo a Cuba, a lo que el piloto de la nave se opuso. Argumentó que eso era imposible, por carecer el BAC-111 de Austral, que había sido diseñado para vuelos cortos, de la autonomía necesaria para llegar a la isla. Santucho insistió en exigirle volar a Cuba, pero la realidad técnica era inapelable.

El avión descendió primero en Puerto Montt para reabastecerse y luego aterrizó en el Aeropuerto Pudahuel de Santiago. Allí comenzó un conflicto diplomático de proporciones inesperadas. El gobierno argentino exigió la extradición inmediata de los guerrilleros. Estados Unidos presionó en el mismo sentido. El gobierno chileno, encabezado por Salvador Allende, quedó atrapado entre la legalidad internacional, la tradición humanitaria del país y las tensiones de la Guerra Fría.

Al llegar a Santiago de Chile, el avión de Austral fue inmediatamente devuelto, y los guerrilleros, entre los que se encontraba el Gallego Palmeiro, fueron conducidos a la sede de la Dirección de

Investigaciones en el centro de la ciudad, donde quedaron alojados hasta que abandonaron Chile.

Para obtener el asilo y el salvoconducto hacia Cuba, viajaron a Chile los abogados Gustavo Roca y Eduardo Luis Duhalde, quienes iniciaron gestiones con el gobierno de la Unidad Popular.

La situación era delicada. Allende mantenía una relación cordial con Lanusse desde la entrevista en Salta en 1971, donde ambos habían acordado que las diferencias ideológicas no debían interferir en las relaciones bilaterales. Pero ahora la presión era enorme. Estados Unidos veía en el episodio una oportunidad para debilitar al gobierno socialista chileno. Lanusse exigía la extradición amparándose en acuerdos internacionales. Y la izquierda chilena –incluido el MIR, que tenía vínculos con el ERP–, reclamaba que se respetara la tradición de asilo político.

Salvador Allende, que había llegado al poder hacía dos años, en alianza con otros partidos políticos y que pretendía en plena Guerra Fría conducir al país hacia el socialismo en forma pacífica, se debatía entre dos posibilidades.

Una, seguir la política impulsada por los Estados Unidos y mantener las buenas relaciones con el Gobierno de Lanusse, lo que lo hacía inclinarse por hacer lugar al pedido de extradición solicitado desde Argentina.

La segunda era seguir los valores socialistas que lo habían llevado al poder y la tradición chilena que le indicaba que debía concederles el asilo y otorgarles el salvoconducto para que viajaran a Cuba.

Hacía tiempo que el ERP mantenía contactos con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile, el MIR, tendientes a formar una red transnacional de organizaciones armadas de Argentina, Chile, Uruguay y Argentina. En virtud de sus relaciones con el ERP, el MIR se manifestó públicamente en favor de los presos argentinos. Ello, unido al apoyo de los partidos políticos de izquierda que ayudaron a Allende a vencer en las elecciones presidenciales, también inclinaba al gobierno a otorgar el asilo.

Luego del arribo del avión de Austral a Chile, el primer contacto entre los presidentes Lanusse y Allende fue telefónico. El presidente argentino le solicitó a su par chileno la detención y extradición de los presos fugados de Rawson según lo establecido en la VII Conferencia de Montevideo de 1933,

Allende le respondió, solicitándole a Lanusse que le enviara un detalle de los delitos que se le imputaban a los delincuentes para que sea la justicia la que determinara si concedía la extradición.

El 23 de agosto, la noticia del fusilamiento de los 19 guerrilleros que

no habían logrado escapar, cambió todo. La Masacre de Trelew sacudió a la opinión pública chilena y mundial. Allende comprendió que devolver a los fugados equivalía a enviarlos a una muerte segura. La decisión fue inmediata: conceder el asilo político y otorgar el salvoconducto para viajar a Cuba.

Cuatro días después, tras cumplir los trámites diplomáticos y recibir la aceptación del gobierno cubano, los fugados abordaron un avión de Cubana de Aviación enviado especialmente por Fidel Castro. La aeronave llevaba seis días en Santiago, en mantenimiento, esperando la resolución del conflicto. La suerte estuvo otra vez del lado del Gallego Palmeiro.

La fuga del penal de Rawson y la Masacre de Trelew constituyeron no solamente dos acontecimientos de la vida política y militar del país, sino también un hecho histórico que preanunció la violencia y la represión que viviría el país en pocos años más.

A pesar de que entre uno y otro hecho transcurrieron solamente siete días, ellos fueron suficientes para cambiar la historia del país y de la Guerra Fría en el suelo latinoamericano.

La trascendencia que tuvo la Masacre de Trelew y la amplia difusión nacional e internacional alcanzada, pretendió ser acallada por la dictadura militar, con la llamada ley 19.797, dictada la noche del 22 de agosto de 1972, por la que se prohibía difundir imágenes, divulgar o propagar noticias de la masacre, imponiendo penas de prisión de seis meses a tres años a los que lo hicieren.

El gobierno militar repitió lo hecho por la llamada Revolución Libertadora en 1955, que mediante el Decreto 4161 del 5 de marzo de 1956, prohibió nombrar a Perón, en el convencimiento de que todo lo que no se nombra no existe, desaparece.

A fines de agosto de 1972, el grupo que se había fugado en el avión de Austral y aterrizado en Santiago de Chile para luego dirigirse a Cuba preparaba su regreso a Argentina.

Las diferencias entre Fernández Palmeiro y Santucho ya eran indisimulables. El clima dentro del grupo que había logrado llegar a Cuba era tenso, casi irrespirable.

Santucho quería sancionar al Gallego por haber cuestionado sus órdenes para la preparación y ejecución de la fuga del Penal de Rawson. Palmeiro, que nunca había tolerado el verticalismo ciego, estuvo varias veces a nada de agarrarlo a trompadas. Llegó incluso a insultarlo, y si no lo hubieran detenido lo hubiera golpeado. A Santucho no le gustaba que lo cuestionaran, decía que los cuestionamientos del Gallego eran porque se consideraba superior por haber pasado por la universidad. Lo acusaba de ser un pequeño

burgués.

El Gallego solía decirles a sus amigos más cercanos:

—A mí qué me importa lo que dice Santucho. Si yo discuto a Lenin, ¿cómo no voy a discutir a Santucho?

Para algunos, la pelea era también un choque cultural entre un santiagueño y un porteño por adopción, entre un vasco y un gallego. Pero en el fondo era un conflicto político profundo: dos maneras de entender la revolución, dos formas de leer la realidad argentina.

El Gallego nunca entendió lo de las jerarquías ni la obediencia sin debate. Quería discutirlo todo: desde la seguridad de los compañeros hasta la estrategia del partido. Repetía que la situación de Argentina era completamente diferente a la realidad cubana, que no se podía copiar un modelo ajeno como si fuera una receta.

El Gallego Palmeiro y Santucho discutieron también sobre cuál era la posición que debía adoptar la organización guerrillera ante las elecciones presidenciales de marzo de 1973, que pondrían fin a casi siete años de dictadura militar.

Mientras que Santucho era partidario del voto en blanco por considerar que Perón era una nueva variante de la burguesía. Palmeiro pensaba, por el contrario, que deberían apoyar a la fórmula peronista Cámpora–Solano Lima, siguiendo la decisión de la mayoría del pueblo, al que ellos decían representar. Santucho decía que las elecciones presidenciales de 1973 eran una farsa electoral promovida por los políticos burgueses. Palmeiro pensaba que en la coyuntura había que votar por la fórmula peronista.

Dos ideas obsesionaban por entonces al Gallego Palmeiro y giraban todo el día en sus pensamientos.

Una era la de vengar la muerte de los guerrilleros fusilados en Trelew y en especial la de su gran amigo Eduardo Capello y otra la de separarse del ERP creando una nueva organización que apoyara críticamente al peronismo en las elecciones presidenciales de marzo de 1973.

Lo que se discutía era mucho más que una táctica electoral. Era el sentido mismo de la lucha. Santucho sostenía que el camino era la insurrección armada, siguiendo el modelo cubano: una vanguardia esclarecida que conduciría al pueblo hacia la revolución. Palmeiro pensaba lo contrario: que la revolución debía construirse desde abajo, en fábricas, sindicatos, facultades y barrios; con discusiones permanentes, con críticas y autocríticas, peleando codo a codo con la gente. Para él, la lucha armada era solo una herramienta.

El regreso de Perón al país profundizó aún más la discusión. Santucho veía en el viejo líder exiliado, un instrumento de la burguesía para que

nada cambiara. El Gallego, en cambio, sostenía que había que apoyar a la fórmula Cámpora–Solano Lima porque ese era el deseo del pueblo. Y si la revolución decía representar al pueblo, no podía darle la espalda.

El Gallego estaba convencido de que todo lo que uno puede pensar, lo puede realizar. Bastando para ello desearlo con todas sus fuerzas y no ceder en el intento.

Con ese convencimiento preparó y ejecutó la Operación Poniatowski para secuestrar a Héctor Ricardo García, propietario del diario *Crónica* y del Canal Once de Televisión.

Palmeiro pretendía obligarlo a difundir una solicitada del ERP-22 de Agosto en apoyo de la fórmula peronista Cámpora–Solano Lima. Pensaba que la verdadera revolución no podía hacerse solamente a través de la lucha armada de los focos vanguardistas: necesitaba también contar con la voluntad popular, lo que requería un trabajo de bases y de organización barrial.

El Gallego Palmeiro regresó de Cuba a la Argentina dando un largo periplo, ya que previamente realizó escalas en Moscú, Praga y Madrid para finalmente llegar a Buenos Aires. Pasó por Migraciones con un pasaporte español a nombre de Juan Ontivero Reyes, viviendo una odisea para encontrar un lugar donde esconderse, evitar controles, moverse sin dejar rastros. Desde la fuga de Trelew era uno de los hombres más buscados en el país.

El regreso a la Argentina del Gallego implicó también el regreso a la clandestinidad, el regreso a la soledad. El regreso a caminar mirando por sobre el hombro. A darse vuelta varias veces para cerciorarse de que nadie lo seguía, para comprobar que aún no había sido descubierto. El aceptar que podía acudir buscando ayuda a muy pocas personas y que no podía confiar en casi nadie.

Desde que se volcó a la lucha armada, el Gallego Palmeiro fue consciente de que la vida que había llevado hasta entonces había terminado.

La decisión de pasar a la clandestinidad –y de seguir en ella al volver de Cuba– no fue hija del miedo. Fue hija del instinto de supervivencia: para mantenerse en libertad en primer término, y de mantenerse con vida en segundo término.

A su regreso, Buenos Aires lo recibió con indiferencia. Nada había cambiado. El sol salía todos los días y los porteños seguían su rutina diaria.

Por las mañanas, las estaciones de trenes de Constitución y Retiro y las terminales de ómnibus, estaban atiborradas de gente para ir a sus trabajos y en las horas pico las entradas y las salidas del centro de Buenos Aires se complicaban.

La gente seguía los sábados caminando por Corrientes y los domingos llenando las canchas para ver fútbol. Para Palmeiro, cada esquina era un posible control, cada sombra un peligro y cada timbre un riesgo.

Si bien el Gallego era una de las personas más ingeniosas para moverse en la clandestinidad, en esta ocasión no era aconsejable contactarse con las personas conocidas de la organización ni transitar por los caminos conocidos.

Decidió entonces recurrir a alguien completamente ajeno a la política y a los grupos guerrilleros: un intermediario que proveía armas, refugios y recursos a quienes vivían al margen de la ley, motivado únicamente por el dinero. Gracias a él consiguió ocultarse en un departamento alquilado en la calle Montevideo, donde pasó más de una semana midiendo el tiempo con una ansiedad insoportable, contando las horas como si fueran días y los días como si fueran meses.

El encierro le trajo a la memoria los días en Devoto, antes de que su hermano lograra sacarlo de la cárcel.

Todo transcurría con una monotonía tensa hasta que, una noche, lo sobresaltó el timbre insistente del portero eléctrico del departamento de enfrente. Escuchó luego gritos en el pasillo. Instintivamente tomó su pistola y observó por la mirilla hasta que las dos personas que intentaban entrar en el departamento vecino se marcharon.

Esa noche al Gallego le costó dormirse y lo despertó a la mañana siguiente del 25 de septiembre de 1972 el ruido de las sirenas de dos patrulleros.

Al asomarse a la ventana, pudo comprobar que los vehículos policiales se detuvieron delante de la puerta de su edificio. Palmeiro corrió a la habitación para tomar la pistola automática que siempre lo acompañaba, pensando que venían por él. Se paró detrás de la puerta mirando por la mirilla. Le quitó el seguro a la Ballester Molina, dejándola lista para disparar y contuvo la respiración, dispuesto a no dejarse detener y a vender cara su muerte.

Cuando el ascensor se detuvo en el piso donde estaba su departamento y bajaron cuatro efectivos policiales armados, seguidos por otro que llevaba una barreta y se apostaron frente al pasillo, pensó que era su fin.

Toda su vida le pasó por la mente en un segundo. Su infancia, la muerte de su madre, su ingreso a la Federación Comunista, su casamiento con Irma, la vida en el Docke, la cárcel de Devoto y el secuestro del avión en Trelew.

Se sorprendió cuando derribaron la puerta del departamento de enfrente al suyo, donde la noche anterior había escuchado una discusión a los gritos.

Palmeiro permaneció inmóvil, conteniendo la respiración, hasta que los policías se retiraron. Luego vio entrar a dos camilleros y a un médico, que sacaron un cuerpo sin vida. Más tarde supo que se trataba de la poetisa Alejandra Pizarnik.

La noche anterior, Pizarnik había salido con un permiso del pabellón psiquiátrico del Hospital Pirovano, donde estaba internada por depresión y se había suicidado ingiriendo un frasco de comprimidos del sedante secorbital, dejando una nota en su pizarra que decía: “No quiero ir nada más que hasta el fondo”.

Sus últimos escritos y acciones reflejaron su constante lucha contra la locura, el silencio y la muerte, que fueron los temas centrales de su obra literaria. Su lucha con los pensamientos suicidas que la atormentaban, quedó reflejada en sus diarios y en sus poemas. Sus trabajos y su poesía, que exploraron temas como el lenguaje, la intimidad, la locura y la muerte, que reflejaron su propia existencia, dejaron un valioso legado para la literatura latinoamericana.

La muerte estuvo otra vez cerca del Gallego Palmeiro sin llegar a alcanzarlo.

5
OPERACIÓN PONIATOWSKI

“El destino no es una línea recta, es una decisión multiplicada por cada acto de coraje”.

El Gallego Palmeiro integró el último contingente que regresó de Cuba hacia la Argentina. La demora en la confección de sus nuevos documentos lo obligó a permanecer más tiempo en la isla, un contratiempo que, sin saberlo, terminaría marcando su futuro político. Regresó a Buenos Aires luego de un viaje con varias escalas, para finalmente pasar por Migraciones con un pasaporte español a nombre de otra persona, un hecho que sintetizaba la clandestinidad que lo acompañaría hasta su muerte.

Durante su estadía en Cuba, el Gallego pidió ir a entrenar a un centro de adoctrinamiento guerrillero con los integrantes de las Tropas Especiales.

Allí los veteranos de la Sierra Maestra que habían participado de la revolución de 1959, impartían enseñanzas a los guerrilleros latinoamericanos, en aulas improvisadas en los viejos cuarteles militares o en los edificios industriales abandonados.

Las enseñanzas eran exhaustivas: manejo de armas, tácticas de guerrilla urbana y rural, logística, sabotaje y organización en células. Incluían también el dictado de un curso acelerado de geopolítica destinado a contrarrestar la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada por los Estados Unidos. El Gallego, absorbía cada lección con una mezcla de disciplina y fervor. Pasaba horas bajo el sol, desarmando y armando fusiles, caminando por terrenos hostiles y practicando tiro, actividad que lo apasionaba desde chico.

Por las noches, acostado en las barracas de madera, escuchaba Radio La Habana en una vieja radio a transistores. El romanticismo de la revolución se desdibujaba en la dureza del entrenamiento, pero también lo fortalecía: sentía que cada día se alejaba un poco más del joven idealista que había sido y se acercaba al combatiente que creía necesario ser.

El Gallego recibió en Cuba un adiestramiento riguroso apegado a la pedagogía revolucionaria de la isla.

Aunque Argentina y Cuba tenían historias y geografías muy distintas, los instructores insistían en que la esencia de la lucha era la misma: voluntad, organización y decisión política. Palmeiro, sin embargo, presentía que la experiencia cubana no podía trasladarse mecánicamente a la realidad argentina, pero aun así seguía cada enseñanza con la máxima atención.

La campaña para las elecciones presidenciales de marzo de 1973 profundizó las diferencias entre Palmeiro y Mario Roberto Santucho.

Mientras Santucho sostenía la línea oficial del PRT-ERP de votar en blanco. Palmeiro consideraba que apoyar al FREJULI, que presentaba a Cámpora – Solano Lima como sus candidatos, era acompañar el deseo popular y facilitar el regreso de Perón, lo que él interpretaba como un triunfo estratégico.

A fines de 1972, el Comité Central del ERP, presidido por Santucho tras su regreso de Cuba, dispuso expulsar a los disidentes. La respuesta de los disidentes fue constituir el ERP-22 de Agosto con la mayoría de los militantes de la Regional Buenos Aires y del Comité Militar de Capital, sin hacer distinción alguna entre partido y ejército.

Santucho acusaba a los disidentes de pequeños burgueses y de populistas, mientras que Palmeiro acusaba a la conducción del ERP de dogmáticos y sectarios. La ruptura no fue solo política: fue emocional. Muchos militantes sintieron que se quebraba una hermandad forjada en años de clandestinidad.

Apenas llegado de Cuba, el Gallego se integró a la conducción del ERP-22 de Agosto.

El 8 de marzo de 1973, cuando faltaban apenas tres días para las elecciones presidenciales, la nueva organización escindida del ERP publicó un comunicado apoyando a la fórmula del FREJULI.

El ERP-22 de Agosto necesitaba visibilidad y Palmeiro entendió que debía dar un golpe político que resonara en todo el país.

La primera acción importante del ERP-22 de Agosto, fue el secuestro de Héctor Ricardo García, propietario del diario *Crónica*, de Radio Colonia y de Canal Once. Su figura mediática garantizaba por sí sola una difusión masiva del comunicado político.

Buscaban con ello conseguir la mayor difusión posible a la decisión de apoyar a la fórmula Cámpora–Solano Lima.

La operación fue bautizada Poniatowski en alusión al apellido de un político francés, para contrastarlo con “García”, el apellido común del propietario de los medios de comunicación.

El Gallego sabía que no bastaba con un comunicado: necesitaba un símbolo. García, con su enorme influencia mediática, era el puente perfecto entre la acción armada y la opinión pública.

García había adquirido Radio Colonia en 1965, una emisora de radio uruguaya que transmitía desde el país vecino, pero que tenía una gran llegada en Argentina.

En 1970 hizo lo mismo con el Canal Once de Televisión, convirtiéndose en ese momento en el dueño del mayor multimedio del país.

Crónica, que tenía como su lema "Firme junto al Pueblo" era uno de los diarios de mayor tirada en la Capital Federal y tenía una gran llegada a la clase trabajadora.

Al ser García también el dueño del canal de televisión, le garantizaba al Gallego multiplicar la llegada de la solicitada a una ancha franja de la clase media.

Durante la planificación del secuestro, se confirmó que García vivía en Guido y Agüero, en pleno barrio de Recoleta, frente a una plaza y a pocos metros de la Biblioteca Nacional.

Se constató también que no había custodia en el edificio, pero que la zona estaba patrullada constantemente, por vivir a pocos metros un alto funcionario del gobierno.

Se verificó que recibía obsequios con frecuencia, producto de su intensa vida social y de sus vínculos con empresarios y políticos. Este detalle resultó clave: ingresarían simulando la entrega de un presente

Después de una corta deliberación y de un intercambio de ideas entre los miembros del grupo, el Gallego Palmeiro decidió que iban a ingresar al domicilio de García con seis cajas de whisky pretextando que habían sido enviadas por Montero Ruiz, acorde al perfil del destinatario y del supuesto remitente.

Para reforzar la coartada, el Gallego consiguió una tarjeta personal del intendente de facto de la Ciudad de Buenos Aires, Saturnino Montero Ruiz, con un escudo argentino en relieve.

El operativo requería diez personas: cuatro para entrar al departamento, un chofer, una mujer que se haría pasar por empleada de García, tres integrantes como apoyo armado en la plaza y uno encargado de la casa donde alojarían al secuestrado.

Las calles del barrio en el que vivía García, estaban permanentemente vigiladas, circulando patrulleros a toda hora por las personas que allí vivían, teniendo una de ellas una custodia policial las 24 horas del día.

A fin de vigilar el movimiento de la cuadra, uno de los tres integrantes del grupo de apoyo, simulando ser un pintor, instaló su caballete en la plaza y pasó largas horas en los días previos al secuestro pintando, por lo que su figura pasó a ser familiar para todos. Era tan familiar, que los chicos y algunos caminantes se paraban para ver las pinturas y para cambiar algunas palabras con el "pintor". El día del

secuestro, el “pintor” regresó a la plaza acompañado por una pareja que también simulaban dibujar, ocultando entre sus bolsos sendas pistolas automáticas y en el estuche de sus caballetes una ametralladora, por si tenían que actuar.

El 8 de marzo de 1973 amaneció gris, con una llovizna fina que parecía presagiar un día tenso. Desde la confitería situada frente a la Facultad de Derecho, Palmeiro comprobó que todo estaba en orden y dio la orden de comenzar.

A las 8:30 horas, un utilitario estacionó frente al domicilio de García del que descendieron cuatro personas. El Gallego, vestido con un pantalón gris, una camisa blanca con una corbata gris con escudos y un saco azul. Junto con Palmeiro, descendieron otras tres personas, vestidos con mamelucos, donde escondieron sus armas cortas, que procedieron a bajar las seis cajas de whisky, llevando dos cada uno. Subieron por el ascensor hasta el piso 15 donde vivía García.

El Gallego tocó el timbre, atendiéndolo una de las mucamas que estaba de servicio.

—¿Quién es? —preguntó la mujer.

—Traemos un presente para el señor García —respondió el Gallego.

—Disculpe pero no puedo abrirle, el señor García está descansando —respondió la mucama.

Palmeiro, que nunca aceptó un no como respuesta, insistió, exhibiéndole primero la tarjeta de Saturnino Montero Ruiz con el escudo argentino en relieve y pasándosela luego por la mirilla. Logrando así que la empleada le franqueara el acceso.

Una vez adentro del departamento, redujeron a la mucama que les abrió la puerta y a otra compañera que acudió en su ayuda, tapándoles las bocas.

Las convencieron de que no les convenía gritar, al explicarles que no les iba a pasar nada.

Inmediatamente ingresó una integrante del grupo que se puso enseguida el uniforme de una de las empleadas, por si tocaba el timbre algún visitante inesperado.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó el Gallego.

—Arriba —contestó la empleada. Acompañando a Palmeiro junto a un compañero hasta el dormitorio principal, donde estaba durmiendo Héctor Ricardo García junto a su pareja. El Gallego despertó a García, poniéndole una pistola Browning en la cabeza. Despertó también a la mujer que estaba a su lado, la que se sobresaltó al ver a la otra persona del lado de su cama, que también empuñaba un arma.

Luego de tranquilizarlos a ambos, asegurándoles que no les iba a pasar nada y de felicitarlo a García por su buen gusto, debido a la

belleza de su pareja, el Gallego le pidió a García que se vistiera para salir, porque tenían que hablar.

Cuando salió, Palmeiro le explicó a García qué era lo que pretendía y que, una vez publicada la solicitada y difundida la misma por el canal de televisión, sería liberado sin ningún daño físico y sin ninguna pretensión posterior.

Entre gallegos se entendieron rápido, dado que a Héctor Ricardo García a pesar de haber nacido en Buenos Aires, se lo conocía en el medio como el "Gallego García".

García llamó a Gangeme, que era el director de la edición vespertina del diario *Crónica*, ordenándole que estuviera en su departamento lo antes posible y que no hablara con nadie.

Mientras esperaban la llegada de Gangeme, García, quizás por nerviosismo, quizás por costumbre, le mostró el departamento al Gallego, detallándole las comodidades que tenía, como lo hubiera hecho un vendedor de inmobiliaria a un futuro comprador. Palmeiro lo felicitó por la distribución de los ambientes y por la amplitud de los mismos, pero le dijo en tren de broma, que por el momento no pensaba mudarse.

Las mucamas ofrecieron café, leche y agua. El clima, aunque tenso, se mantuvo sorprendentemente cordial. Cuando llegó Gangeme, le aclararon que la solicitada debía ser publicada en primera plana a un cuarto de página. Que debía guardar un total silencio y que luego de la publicación, García sería liberado.

Luego que se retiró Gangeme, bajaron a la cochera, porque se había decidido sacarlo en su propio auto y cambiar de vehículo en el camino para trasladarlo a una casa segura.

Antes de bajar para dejar la casa, el Galllego García le ofreció al Gallego Palmeiro pagarle las seis cajas de whisky que dejaron en su casa, a lo que Palmeiro le dijo que lo tomara como un obsequio del ERP-22 de Agosto y que, en todo caso, quedara como un presente entre gallegos.

Una vez en la cochera, Palmeiro subió en la parte de atrás de la cupé Torino del dueño de *Crónica*. García en el lugar del acompañante y uno de los falsos empleados que había entrado con dos cajas de whisky, que se había quitado la ropa de trabajo y estaba con un pantalón azul y una camisa blanca, en el lugar del conductor.

Al salir a la calle García, con la Browning de Palmeiro apoyada en la cintura, saludó amablemente con una sonrisa al portero que estaba barriendo la vereda, alejándose del edificio en la cupé Torino. A pesar de la pistola en la cintura, García mantuvo una serenidad sorprendente. Palmeiro lo interpretó posteriormente, como una mezcla de orgullo

profesional y experiencia: el dueño de *Crónica* estaba acostumbrado a convivir con el poder, y el poder, -en la Argentina de los 70- siempre venía acompañado de situaciones peligrosas.

El "pintor" y la otra pareja de "artistas" que estaban en la plaza como grupo de apoyo, vieron salir el auto de García del edificio, esperaron a que los otros integrantes del grupo que estaban en el departamento salieran y se alejaran, para que tranquilamente recogieran sus cosas y se fueran caminando lentamente. Primero se fue el "pintor" y a los pocos minutos la pareja de "artistas" tomados de la mano.

El operativo, cuidadosamente planificado, se ejecutó con precisión quirúrgica.

El auto de García avanzó lentamente por la calle Agüero y luego de cambiar de vehículo a mitad de camino, dejaron el Torino de García, subieron a este a una camioneta y se dirigieron a la casa que sirvió de alojamiento temporario del secuestrado, donde lo estaba esperando el otro compañero del grupo.

En cuanto llegó a la casa, García se comunicó con el director de Noticias del Canal Once, ordenándole que, una vez publicada la solicitada de *Crónica*, el canal pasara cada quince minutos la noticia del secuestro y de la solicitada reproduciendo la misma.

Al llegar a la casa en la que permanecería secuestrado hasta la publicación de la solicitada, luego de una amable charla entre los dos gallegos, hicieron pasar a García a una carpa.

Una vez en la carpa, le pidieron a García que se acostara para sacarle una fotografía.

En la fotografía, que dieron luego a publicidad, se veía al propietario de *Crónica* acostado, con los ojos abiertos, la cabeza sobre una almohada y vestido con un pantalón gris a rayas y una camisa blanca con corbata, observándose de fondo, una bandera con la estrella roja y la inscripción ERP 22. Esa imagen recorrió el país.

A las diez de la noche, tras la publicación de la solicitada, García fue liberado.

Horas después, relató ante las cámaras del noticiero de su propio canal, las circunstancias en las que fue secuestrado y las personas intervinientes en el secuestro.

Manifestó también que había sido tratado correctamente en todo momento.

Tiempo después, García solía contar que era la única persona que había sido secuestrada por los guerrilleros y por los militares. Relatando ante los medios, que había sufrido la persecución y censura de casi todos los gobiernos. Que *Crónica* había sido clausurado por Onganía en 1970, por haber informado sobre la muerte de un

estudiante en la provincia de Córdoba, durante el denominado Cordobazo. Que había sido clausurado en 1974, por el gobierno de Martínez de Perón, por apoyar la campaña para recuperar las Islas Malvinas. Para finalmente ser clausurado en 1978, por la dictadura militar por publicar la muerte de Santucho.

El secuestro de García y la publicación de la solicitada tuvieron una amplia repercusión.

El Canal Once logró picos de audiencia jamás alcanzados antes y el diario *Crónica* un aumento considerable de su tirada.

Para el ERP-22 de Agosto, la operación fue un éxito político. Para el gobierno, un desafío. Para la sociedad, un recordatorio de que la violencia política no era un fenómeno marginal, sino un signo de la época.

El texto de la solicitada firmada por el ERP-22 de Agosto dirigida al pueblo comenzaba diciendo: "Las elecciones son una conquista democrática arrancada por las masas y sus vanguardias en una larga lucha contra la dictadura militar".

Para finalizar, exhortando a los trabajadores con el siguiente texto: "Un solo camino para la toma del poder: La guerra del pueblo. Una sola opción para votar el 11: El FREJULI".

En las elecciones del 11 de marzo de 1973, fue elegida la fórmula del FREJULI integrada por Héctor J. Cámpora y Vicente Solano Lima, con casi el 50% de los votos, lo que hizo que no se necesitara recurrir a una segunda vuelta o balotaje para consagrar a Cámpora presidente.

En segundo lugar, quedó la fórmula de la UCR encabezada por Ricardo Balbín, que obtuvo poco más del 21% de los votos.

Tercera fue la fórmula de la Alianza Popular Federalista, encabezada por Francisco Manrique con casi el 15% de los votos y cuarta la fórmula de la Alianza Popular Revolucionaria, encabezada por Oscar Alende del Partido Intransigente con casi el 8% de los votos.

La posición del Gallego Palmeiro y del ERP-22 de Agosto respecto a la vuelta de la democracia en el año 1973 y de Perón al país quedó ratificada por el comunicado posterior de la organización guerrillera al pueblo.

En dicho comunicado se afirmaba que "El veinte de junio se concreta una de las reivindicaciones más sentidas por nuestro pueblo. Ese año terminan 18 años de exilio para el máximo dirigente popular de la Argentina: el General Juan Perón. Esos 18 años significaron para nuestro pueblo persecución, torturas, secuestros, fusilamientos, conintes, planes de emergencia, cobardes asesinatos, como el de Trelew, hambreamiento, explotación y entrega del patrimonio nacional al Imperialismo Yanqui".

Terminando con la inscripción del ERP-22 de Agosto y la estrella roja llamando a "¡Difundir, consolidar y profundizar el triunfo popular! ¡A vencer o morir por la Argentina Socialista!".

En la campaña electoral, Cámpora decía que la violencia iba a terminar cuando el peronismo tomara el poder, repitiendo que la violencia de abajo era consecuencia de los gobiernos militares. El tiempo no le dio la razón.

Cámpora asumió el 25 de mayo de 1973 y renunció a la presidencia el 13 de julio de 1973, retirándose a su casa de San Andrés de Giles, por lo que su gobierno duró solo 49 días.

Ante las renuncias de Cámpora y de Solano Lima, la Asamblea Legislativa aceptó las mismas y le tomó juramento constitucional a Raúl Alberto Lastiri, el hombre de las doscientas corbatas, casado con la hija de López Rega.

A los pocos minutos de conocerse la renuncia del binomio presidencial, Perón agradeció el gesto de Cámpora y de Solano Lima.

Manifestando que el leal dentista de San Andrés de Giles, le había anticipado al aceptar la candidatura a presidente, que de ser elegido asumiría la presidencia para servir de puente para cumplir el deseo del pueblo de ver a Perón en la presidencia.

El viejo general agregó que, de postulárselo para la presidencia, si Dios le daba salud, dedicaría los últimos años de su vida para servir a la patria.

Finalmente, y a pesar de que en un primer momento se rumoreaba que su vicepresidente sería el Dr. Ricardo Balbín para conformar un gobierno de verdadera unión nacional, la elegida para secundarlo, fue su esposa María Estela Martínez de Perón.

Se llamó nuevamente a elecciones, que se realizaron en septiembre de ese mismo año, con el triunfo de la fórmula Perón–Perón con el 62% de los votos.

Perón falleció el 1° de julio de 1974, gobernando solo nueve meses, volviendo los militares a tomar el poder en junio de 1976.

La idea de vengar la muerte de los guerrilleros fusilados en Trelew y en especial la de su amigo Eduardo Capello seguía en la cabeza del Gallego Palmeiro.

La muerte de Capello seguía siendo una herida abierta. La Operación Mercurio fue para el Gallego tanto un acto político como un ajuste de cuentas personal.

Para llevarla a cabo, preparó y ejecutó conjuntamente con el Comando de Inteligencia del ERP-22 de Agosto, la llamada Operación Mercurio que terminó con la vida del Almirante Quijada, que como vocero de las Fuerzas Armadas había tratado de justificar la Masacre de

Trelew.

En su lógica, la revolución también era memoria.

6
OPERACIÓN MERCURIO

“La muerte es una forma de destino”.

La muerte, para algunos, es un accidente. Para otros, una consecuencia. Para el Gallego, era un destino que se construía paso a paso, como una sombra que lo seguía desde Trelew.

Tras asilarse en Cuba, luego de la fuga del Penal de Rawson, Palmeiro vivió semanas de insomnio y silencio. En La Habana, entre los pasillos húmedos de las habitaciones de seguridad, su mente volvía una y otra vez a Trelew. No podía desprenderse de la imagen de Eduardo Capello, su amigo inseparable, su hermano de lucha, caído bajo las balas de la Marina. En las madrugadas, cuando el sueño se negaba a llegar, Palmeiro repasaba mentalmente cada conversación con Capello, cada gesto, cada risa compartida en la clandestinidad.

La decisión de vengarlo no nació de un impulso, sino de una lenta combustión interna.

El Gallego la maduró como quien afila un cuchillo: con paciencia, con método, con una mezcla de dolor y de lucidez.

En un primer momento, su objetivo fue ambicioso: matar a Lanusse o al almirante Coda, Jefe de la Armada. Pero la realidad operativa era otra. Ambos estaban rodeados de un sistema de seguridad casi impenetrable. Matar a cualquiera de los dos requería una estructura que el ERP-22 de Agosto no tenía.

Fue entonces cuando surgió el nombre de Hermes Quijada. No era el más poderoso, pero sí el más simbólico. Había sido la voz oficial de la masacre. El rostro que apareció en televisión justificando lo injustificable. El hombre que, con gesto adusto y tono marcial, había intentado convencer al país de que los presos habían intentado escapar.

Hermes Quijada, era un héroe de la aviación naval por haber comandado en 1962 el primer vuelo argentino al Polo Sur en un Douglas DC-3.

Quijada, en ese entonces Capitán de Fragata, estuvo al mando de los once hombres que aterrizaron por primera vez en la Antártida Argentina.

Había sido celebrado, condecorado y admirado. Pero la Historia lo

había colocado en un lugar inesperado, lo llevó de la épica a la tragedia, del hielo eterno al fuego cruzado de la política argentina. La suerte, como dicen los chicos, es loca y la muerte, como dicen los viejos, es una forma de destino.

A comienzos del mes de abril de 1973, el Gallego Palmeiro y el comando de inteligencia del ERP-22 de Agosto, comenzaron a delinear la Operación Mercurio para matar a Quijada. El nombre surgió en una conversación nocturna, casi al pasar. El mercurio se eligió por ser un elemento químico que puede actuar como veneno.

Para el Gallego, la muerte de Quijada, que se había desempeñado como Jefe del Estado Mayor Conjunto en el momento de los fusilamientos, constituía una venganza personal.

El 23 de agosto de 1972, un día después de la Masacre de Trelew, Hermes Quijada daba por la televisión pública la explicación de la muerte de los prisioneros a mano de los militares. Dijo que habían sido abatidos durante un intento de rebelión en la Base Almirante Zar, cuando Mariano Pujadas le arrebató el arma a un guardia, lo que obligó a los marinos a abrir fuego contra los presos.

Cuarenta años después, los tres militares imputados por el homicidio de los 16 muertos y de las lesiones de los 3 sobrevivientes, fueron condenados por el Tribunal Oral de Comodoro Rivadavia a cadena perpetua.

La condena se logró gracias a las pruebas recolectadas y a las declaraciones de Alberto Camps, Ricardo Haidar y María Antonia Berger, que sobrevivieron a los fusilamientos.

Luego de confirmarse que el verdadero domicilio de Quijada era el de la calle Arenales, se descartó la opción de asesinarlo en su casa.

La zona estaba custodiada por la policía para proteger a Arturo Mor Roig, ministro del Interior de Lanusse, que vivía muy cerca y que, por las raras paradojas del destino, también iba a morir asesinado por terroristas al año siguiente.

El grupo sabía que Quijada tenía rutinas estrictas, que trabajaba para la Armada pese a estar en retiro efectivo y que mantenía hábitos casi militares: horarios fijos, recorridos previsibles y disciplina personal.

Se resolvió entonces asesinarlo en el trayecto entre su casa y el trabajo, aprovechando alguna detención momentánea de su vehículo para ejecutarlo, usando para ello una moto que permitiera escapar rápidamente.

Se realizó un relevamiento del lugar del domicilio de Quijada y de los tres recorridos posibles del automóvil del marino entre su casa y el trabajo.

El comando decidió alistar a doce combatientes, para distribuirlos

entre los puestos de observación, los dos automóviles de apoyo, las postas en el trayecto y la moto en la que viajarían los dos guerrilleros que se encargarían del asesinato.

Luego de debatirse quiénes deberían ir en la moto, le aconsejaron al Gallego Palmeiro que fuera otro el que ejecutara a Quijada, dado que la operación era muy riesgosa. Los compañeros intentaron disuadirlo, no por falta de confianza, sino porque intuían que la operación podía ser un punto sin retorno. Palmeiro se negó a que fuera otro en su lugar porque, precisamente por el riesgo que entrañaba la misión, prefería ser él quien la ejecutara. Para el Gallego la venganza no era delegable. Era un acto íntimo, casi ritual.

Se determinó entonces que las dos personas que irían en la moto serían el Gallego Palmeiro y Raúl Argemi, recién llegado de Cuba.

Que Dedo, como también se lo conocía al Gallego en la Organización por haber desarmado a un efectivo policial poniéndole un dedo en su espalda, sería quien, una vez detenido el auto de Quijada, se bajaría de la moto para ponerse al lado de la ventanilla y matarlo.

El Gallego consideraba que la distancia para matarlo debía ser la menor posible, para no tener posibilidad de fallar ni tiempo para arrepentirse.

Una vez decidida la forma en que se llevaría a cabo el asesinato, Argemi fue a la provincia de Buenos Aires a buscar una moto.

En Morón compró una Harley-Davidson con motor bicilíndrico en V, que fue la que finalmente utilizaron en la Operación.

Quijada tenía tres recorridos posibles para llegar a su destino:

Seguir por Arenales en dirección al norte, doblar por Ayacucho o seguir una cuadra más por Arenales y doblar a la izquierda por Junín.

En los preparativos se estacionaron dos autos: uno sobre la calle Ayacucho y otro sobre la calle Junín, para que el que lo viera lo siguiera.

Se hicieron varios intentos, pero los automóviles de los guerrilleros nunca pudieron seguir al coche de Quijada más que unas pocas cuadras.

Con estos resultados negativos, decidieron colocar a un hombre en la puerta del supermercado que estaba en la esquina de la casa del almirante.

Este hombre debía avisar a un automóvil de apoyo el rumbo del automóvil de Quijada para que el automóvil retransmitiera a la moto, con señas de luces, el camino seguido.

El día elegido para realizar el operativo fue el viernes 27 de abril de 1973.

Los dos automóviles se situaron en sus respectivas ubicaciones. La

mujer de la pareja encargada de dar el aviso, ingresó en el supermercado, mientras el hombre se quedó en la puerta para indicar el trayecto del Dodge Polara del almirante.

La moto, con el Gallego Palmeiro en el asiento trasero, se ubicó en Ayacucho y Santa Fe esperando la señal del auto de apoyo.

La señal llegó, pero fue malinterpretada por el auto de apoyo estacionado en la calle Ayacucho, señalándole a la moto un rumbo equivocado, lo que hizo fracasar la operación.

La frustración fue enorme. Palmeiro pasó la noche en vela, repasando mentalmente cada error, cada posibilidad perdida.

Se llegó así al lunes 30 de abril de 1973, en que el sol comenzaba a asomarse tibiamente sobre una Buenos Aires que vivía los últimos días de la dictadura militar.

La autodenominada Revolución Argentina, instaurada en junio de 1966, con el derrocamiento de Arturo Umberto Illia por el General Onganía, estaba por finalizar.

Faltaba muy poco para que asumiera la presidencia de la nación Héctor J. Cámpora, quien, ante la proscripción de Juan Domingo Perón, había ganado las elecciones del 11 de marzo de 1973 con casi el 50% de los votos con la consigna “Cámpora al Gobierno, Perón al Poder”.

Como todas las mañanas, bien temprano, a las 8:30 horas, el chofer del Almirante Hermes José Quijada retiró el Dodge Polara blanco con techo vinílico negro del garaje situado en la calle Arenales, enfrente del domicilio del marino.

Pasó a recogerlo sin saber, ni siquiera sospechar, que una moto con dos jóvenes lo estaba esperando en Junín y la Avenida Santa Fe para asesinar a Quijada, el veterano de las campañas antárticas designado vocero de las Fuerzas Armadas para explicar los fusilamientos de Trelew.

Poco después de las 9 de la mañana, el almirante Quijada, luego de tomar su portafolios de cuero, su pistola ametralladora y saludar a su esposa, bajó por el ascensor y se subió al Dodge Polara. Nada en su rutina indicaba que ese día sería distinto. Quijada dejó como siempre, el portafolio en el asiento de atrás y apoyó la pistola ametralladora sobre sus piernas, como hacía todos los días.

El Cabo Primero Rufino Ocampo puso nuevamente en marcha el automóvil y comenzó a circular por Arenales, pasando por delante del domicilio del ministro Mor Roig, donde dos efectivos policiales hacían guardia las 24 horas del día.

Esta vez funcionaron bien las señales enviadas por el hombre parado en la puerta del supermercado y las del grupo de apoyo que estaban en el automóvil.

Al llegar a la intersección con la calle Junín, el Dodge Polara dobló a la izquierda en dirección a la avenida Santa Fe, donde lo estaba esperando la moto conducida por Raúl Argemi. Esta vez la moto, que transportaba en la parte trasera como acompañante, al Gallego, que portaba una pistola ametralladora Halcón ML-63 en el chaleco que llevaba debajo de su campera azul, pudo seguir de cerca al Dodge Polara.

La pistola ametralladora Halcón ML-63, fabricada en la Argentina, había sido muy utilizada por las Fuerzas Armadas argentinas durante la guerra de Malvinas.

También había sido utilizada por la Policía Federal hasta los inicios de la década del noventa. Era un arma muy buscada, porque podía ser accionada por retroceso, disparar a cerrojo cerrado y tener una configuración de doble gatillo que permitía tirar en modo semiautomático con el gatillo frontal o en modo automático con el gatillo trasero.

El Dodge Polara blanco con techo vinílico negro, cruzó la Avenida Santa Fe por Junín. Antes de cruzar la Avenida Córdoba, los semáforos lo detuvieron, pero quedó encerrado entre dos coches.

Argemi y Palmeiro debieron esperar entonces que el Dodge cruzara la Avenida Corrientes con luz verde. Al detenerse en el semáforo de Sarmiento, el Gallego le indicó a su compañero que ese era el momento. Argemi redujo la marcha, aprovechando Palmeiro para saltar de la moto empuñando la ametralladora y antes de que Quijada pudiera defenderse, le vació el cargador de la Halcón ML-63 y lo mató en el acto. El Gallego se sintió aliviado al haber vengado a Capello y a los muertos de Trelew, sin sospechar que pagaría la venganza con su vida.

El chofer de Quijada reaccionó rápidamente, abrió la puerta de su lado y con la otra mano logró agarrar la pistola que llevaba bajo la pierna y dispararle al Gallego mientras huía, hiriéndole de muerte. Palmeiro sintió el impacto como un golpe seco, no como un dolor. El cuerpo tarda en entender lo que la muerte ya sabe. Al subir a la moto se dibujó en su rostro una mueca que algunos creyeron ver como el esbozo de una sonrisa por la venganza y otros una señal de dolor por el disparo recibido.

El Gallego había ensayado tantas veces la forma de saltar de la Harley-Davidson y de disparar en forma automática con la Halcón ML-63 que, al momento de matar al marino, sus movimientos fueron tan rápidos, que Quijada no tuvo tiempo de tomar la pistola ametralladora que llevaba arriba de sus piernas para defenderse.

La última imagen que quizás se llevó en sus retinas, fue la de aquel muchacho alto y morocho, de lentes con marcos negros, que acabó con

su vida. Nunca llegó a enterarse que el haber sido designado por las Fuerzas Armadas para comunicar los acontecimientos de Trelew había torcido su destino.

La monotonía de la calle Junín se transformó en un verdadero infierno. La rapidez de los movimientos y el ruido de los disparos hicieron que nadie entendiera nada.

En segundos, el Gallego se había descolgado del asiento trasero de la moto Harley-Davidson, haciendo fuego con su ametralladora Halcón ML-63 sobre la puerta del Dodge Polara, en cuyo asiento estaba Quijada, lo que hizo saltar el vidrio de la ventanilla, que voló en pedazos.

Al oír el estruendo de los disparos, una mujer se arrojó sobre el kiosco de diarios de la esquina, desparramando los periódicos y los libros por la calle. Un hombre de avanzada edad, que caminaba ayudándose con un bastón, tropezó, cayendo sobre la vereda de Junín cerca del kiosco.

Un Fiat 1500 blanco, que después se comprobó que servía de apoyo a los tripulantes de la moto, aceleró a gran velocidad doblando por Cangallo.

Dos motocicletas de la Policía Federal que estaban en las inmediaciones llegaron al lugar, mientras una ambulancia hacía sonar la sirena al cruzar a toda velocidad por Sarmiento con dirección al Hospital Italiano.

La zona se convirtió en un verdadero pandemonio, confundiéndose el sonar constante de las bocinas de los automóviles atascados por el automóvil del almirante atravesado en medio de la calle, con el sonido de las sirenas policiales que rápidamente se acercaron al lugar.

Algunos de los transeúntes corrieron hacia donde estaba el auto ametrallado para presenciar lo ocurrido y otros en dirección contraria para escapar del lugar del hecho.

En el lugar todo era confusión. Algunos vecinos salieron de sus casas al escuchar el ruido de las detonaciones y el ulular de sirenas, mientras Quijada permanecía caído sobre el asiento delantero del Dodge.

El Cabo Ocampo, luego de haberle disparado a Palmeiro, pedía ayuda a los gritos.

Uno de los médicos del local de Asistencia y Previsión para Ferroviarios, –en el que trabajaba la hermana de Quijada–, que se encontraba a metros del automóvil acudió en su ayuda corriendo a prestarle los primeros auxilios al marino.

Luego llegó una ambulancia para retirar el cuerpo de Quijada, que falleció al ingresar al Hospital Naval de Parque Centenario.

Las primeras personas que acudieron al hospital fueron su esposa y su hija, llegando posteriormente su hermana y a los pocos minutos, el

almirante Coda, Jefe de la Armada Argentina, fuertemente escoltado.

El Comando Superior de la Armada publicó ese mismo día un comunicado, manifestando que esta no era una guerra entre la Armada o las Fuerzas Armadas y el terrorismo, sino que era una lucha entre dos sistemas de vida, el totalitarismo apátrida y la democracia.

El 1° de mayo de 1973, –pocos días antes de la asunción de Cámpora–, se realizó el velorio de Quijada en el Edificio Libertad, sede del Comando en Jefe de la Armada, con una gran asistencia de camaradas y amigos que habían concurrido para despedirlo.

Luego del velorio, sus restos fueron llevados al cementerio de la Chacarita, donde eran esperados por el presidente Lanusse y por el ministro del Interior Mor Roig, quien fuera luego también asesinado por guerrilleros.

Luego de asesinar a Quijada, el Gallego Palmeiro llegó hasta la Playa de Estacionamiento de la Facultad de Derecho donde subió al automóvil que lo estaba esperando.

Ese lunes sería el último día de abril y el último día de la vida del almirante Hermes José Quijada, el portavoz de las Fuerzas Armadas de la Masacre de Trelew y de Víctor José Fernández Palmeiro, el guerrillero español que juró la venganza de sus compañeros fusilados en Trelew. Los dos se llamaban José.

Los dos fueron enterrados en el cementerio de la Chacarita con horas de diferencia.

Hay quienes dicen que el destino está escrito, pero lo que no sabemos es el final y que la muerte nos iguala a todos.

Desde que se enteró en Cuba de la Masacre de Trelew y de la muerte de su amigo Eduardo Capello, el Gallego Palmeiro le había prometido a sus compañeros de armas y se había prometido a sí mismo, vengar esas muertes, esas mentiras, esa traición.

Eligió, consciente o inconscientemente, seguir con el círculo vicioso de oponer más violencia a la violencia, otra venganza a una venganza anterior, manteniendo a la Argentina atrapada en un laberinto sin salida. Nunca la violencia resolvió nada ni la venganza proporcionó justicia.

El asesinato de Quijada se dio en una época tumultuosa de la historia política argentina y demostró que la violencia subversiva no se detendría con la vuelta de la democracia. Sirvió además para fomentar el círculo vicioso de la violencia alimentada por el odio e impidió lograr la paz social durante muchos años.

La muerte del almirante, ocurrió a pocos días de la reunión de Perón con Galimberti en la residencia de Puerta de Hierro, en Madrid, en la cual el viejo general destituyó al jefe de la Juventud Peronista, debido a

su declaración proponiendo la creación de milicias populares.

Las declaraciones de Galimberti sobre la creación de milicias populares, alarmaron a los integrantes de la cúpula militar que gobernaba el país. Un importante sector militar propuso suspender la entrega del poder.

La contestación de Perón fue destituir a Galimberti, designando en su reemplazo a Juan Carlos Dante Gullo, como un gesto hacia las Fuerzas Armadas, a pocos días de la finalización de la dictadura militar y de la asunción de Cámpora.

El sábado 28 de abril de 1973, dos días antes de la muerte de Quijada, Rodolfo Galimberti visitó a Perón en Madrid.

Mientras caminaban por el parque de la Residencia de Puerta de Hierro, Perón le explicó a Galimberti la forma de cultivar los rosales en su casa. Le explicó cómo se plantaban las rosas, cómo crecían y cómo antes de marchitarse, se arrancaban. El propio general cortó una y se la entregó a Galimberti. La suerte del líder de la llamada juventud maravillosa estaba echada.

Perón sacrificó a la cabeza de la llamada juventud peronista para frenar la incipiente rebelión contra Cámpora y al mismo tiempo, calmar al frente militar que dudaba en entregar el poder.

El domingo 29 de abril, Perón almorzó en Madrid con Gelbard para planificar los primeros pasos del gobierno de Cámpora.

El lunes 30 de abril de 1973, el asesinato de Quijada puso en riesgo la entrega del poder al peronismo, por la fuerte presión ejercida por la Armada ante el presidente Lanusse.

La entrega del poder a la fórmula Cámpora - Solano Lima, ganadora de las elecciones de marzo de 1973 estuvo en duda.

Parte de las Fuerzas Armadas, liderada por la Marina, era partidaria de hacer un nuevo golpe militar anulando las elecciones.

Otra parte, liderada por el Ejército, era partidaria de entregar el poder al peronismo y esperar el fracaso de su gobierno para, ante el cansancio de la ciudadanía, volver a tomar el poder.

El 3 de mayo de 1973, Alejandro Lanusse, el presidente de facto, se reunió con Héctor J. J. Cámpora, el presidente electo, para negociar una transición controlada, pretendiendo impulsar el nacimiento de un Gran Acuerdo Nacional, que murió antes de nacer.

Perón había enviado un mensaje al pueblo diciendo que “los adversarios políticos debían ayudar a lograr el mejor porvenir patrio, propiciando que todos abrazaran una causa común: la causa de la patria”.

La reunión de Lanusse con Cámpora, dejó en evidencia la debilidad del gobierno de facto militar, el fracaso fue total al no lograr que el

gobierno de Cámpora cumpliera ninguno de los pedidos del gobierno saliente.

La liberación de los presos políticos que estaban en la cárcel de Devoto el mismo día de la asunción, fue una clara demostración de ello.

El gobierno de Cámpora fue reemplazado por el gobierno de Perón, con su esposa como vicepresidente, arrasando en las elecciones de septiembre de 1973, con casi el 62% de los votos. El segundo mayor porcentaje de votos después del conseguido en 1951.

La fórmula Perón–Perón del Frente Justicialista de Liberación ganó en todas las provincias.

Venció a la fórmula de la Unión Cívica Radical encabezada por Ricardo Balbín, que obtuvo casi el 25% de los votos.

A la fórmula de la Alianza Popular Federalista, encabezada por Francisco Manrique que obtuvo poco más del 12% y a la fórmula del Partido Socialista de los Trabajadores, encabezada por Juan Carlos Coral que obtuvo casi un 2%.

Perón murió nueve meses después, en julio de 1974.

Balbín falleció en septiembre de 1981, Manrique en febrero de 1988 y Coral en agosto de 2018.

Los cuatro candidatos a presidentes de la elección de septiembre de 1973 murieron en el orden en que quedaron en las elecciones.

El enfrentamiento entre Santucho y el Gallego Palmeiro sobre la decisión de apoyar o no al peronismo para llegar al poder por la vía democrática tuvo su correlato en la política argentina.

Mientras Juan Carlos Coral, del Partido Socialista de los Trabajadores, consideraba que la vuelta del peronismo al gobierno podía ser la prenda de unidad de los trabajadores argentinos, como pensaba el Gallego.

El Partido Obrero, que impulsaba la Corriente Sindical Clasista, consideraba que el retorno del peronismo al poder no venía a consagrar los derechos de los trabajadores, sino a tratar de poner orden al servicio del Estado burgués, como pensaba Santucho.

Los Montoneros también parecieron aceptar la salida democrática del llamado a elecciones, apoyando a la fórmula Cámpora–Solano Lima primero y a la fórmula Perón–Perón después.

Montoneros, consideraba que Perón era el instrumento adecuado para llegar a la patria socialista, sin siquiera sospechar que los expulsaría de la Plaza de Mayo poco tiempo después.

El 1° de mayo de 1974, mientras los trabajadores festejaban el Día del Trabajador en una Plaza de Mayo repleta de gente, las columnas de los Montoneros comenzaron a entonar cánticos alusivos a la patria socialista. Esto enfureció a Perón, quien desde el balcón de la Casa

Rosada con voz firme y despectiva tildó a los militantes montoneros de “estúpidos” e “imberbes”, acusándolos de ser infiltrados que venían a perturbar un acto obrero, humillándolos ante todo el país. Miles de militantes se fueron de la plaza ante el regocijo de la ortodoxia peronista y de los sindicalistas, marcando el quiebre definitivo entre las organizaciones armadas y la cúpula del peronismo.

Desde ese momento, Montoneros pasó a la clandestinidad, combatiendo al gobierno que ellos decían defender y haber ayudado a llegar al poder,

El 15 de julio de 1974, mientras Mor Roig, que ya se había retirado de la política, estaba sin custodia almorzando en la cantina Rincón de Italia de San Justo, fue acribillado por la guerrilla, recibiendo más de 32 impactos de bala.

Fue ejecutado a sangre fría delante de todos los que se encontraban en el local.

Como titularon algunos periódicos, el asesinato de Mor Roig fue un claro mensaje para toda la dirigencia política de que el diálogo constituía una traición para la revolución.

Si bien nunca fue aclarada judicialmente la autoría del crimen, las publicaciones de la época se la adjudicaron a la organización Montoneros.

La muerte del creador del Gran Acuerdo Nacional, que había facilitado las elecciones de 1973, demostró que la guerrilla no distinguía entre los militares o los civiles que buscaran una salida institucional a través de las urnas, para los asesinos las balas reemplazaron a las urnas. Fue un aviso de que nadie que buscara una salida democrática por el consenso estaría a salvo. La sangre de Mor Roig, que había apostado por una salida institucional, selló la suerte de la Argentina, presagiando que lo peor estaba por venir.

El 5 de febrero de 1975, Isabel Martínez de Perón firmó el Decreto secreto 261/1975, mediante el cual ordenó al Comando General del Ejército neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que luchaban en la provincia de Tucumán contra el ejército. La lucha en el monte de la provincia no era solo ideológica, sino que se discutía el control del territorio.

El gobierno peronista duró solo tres años y en 1976 las Fuerzas Armadas volvieron a dar un golpe militar: el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional.

No fueron pocos los que consideraron que entre el golpe del 73 y el golpe del 76 existió una estrecha relación.

El golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, que sustituyó a los poderes ejecutivo y legislativo tanto de la Nación como de las

provincias y arrestó a la presidenta María Estela Martínez de Perón, fue definido como una acción cívico-militar.

Fue apoyado por sectores conservadores y antiperonistas y por Henry Kissinger, quien fuera Secretario de Estado de EE. UU. durante el gobierno de Richard Nixon, en el marco del Plan Cóndor durante la Guerra Fría.

El autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, implementó un plan sistemático de terrorismo de Estado, que permaneció en el poder hasta 1983.

El golpe de Estado de 1976, fue el sexto y último de la serie iniciada en 1930 con el derrocamiento del gobierno de Hipólito Yrigoyen.

7

EL FINAL

“No murió pronto, murió cuando el mundo aún no estaba listo”.

El 30 de abril de 1972, luego de matar a Quijada, el Gallego Palmeiro fue alcanzado por un disparo ejecutado por el cabo Ocampo, que oficiaba de chofer del almirante.

La bala ingresó por la espalda y le perforó un riñón, provocándole una hemorragia que pronto sería incontenible. Aun así, con una determinación que parecía desafiar a la muerte, logró subir al asiento trasero de la moto averiada.

Cuando Palmeiro descendió, la moto se había inclinado hacia la derecha y la palanca de cambio al pegar contra un coche se había torcido. Argemi intentó enderezarla, pero la palanca se partió y quedó fija en segunda.

Esa falla mecánica, mínima en apariencia, impedía cambiar de velocidad para acelerar. Sin posibilidad de acelerar, avanzaron como pudieron por Cangallo, logrando llegar hasta la Plazoleta Dante, frente al Museo Nacional de Bellas Artes, donde dejó de funcionar.

Allí se bajó el Gallego y caminó ayudado por Argemi, hasta la Playa de Estacionamiento de la Facultad de Derecho, donde subió al automóvil de apoyo que lo estaba esperando.

Luego de discutirse adónde llevarlo, el Gallego pidió que lo llevaran a un departamento del 5° piso de la calle Charcas, entre Julián Álvarez y Salguero. El departamento había sido alquilado por una pareja joven con dos chicos y era uno de los escondites de la organización.

Consultado tiempo después, el encargado del edificio, dijo que “se veía poco a la pareja con los chicos”. Que allí “solían reunirse jóvenes que entraban y salían a toda hora”, pero que nunca ocasionaron problemas a los vecinos.

Que saludaban al entrar o al salir, agregando que vio varias veces a algunos de ellos en la Pizzería San Martín de la avenida Santa Fe y Salguero, donde solían reunirse por las tardes.

El departamento estaba ubicado en Palermo, a pocas cuadras del lugar donde el Gallego había vivido con su padre y con su hermano. A pocos

metros de la Plaza Güemes y de la Basílica de Guadalupe. Muy cerca del Círculo Católico de Obreros, donde se jugaba a la pelota a paleta y del club de billar de la calle Julián Álvarez, lugares que Palmeiro conoció mientras vivió en el hotel de Aráoz.

A pesar de los pedidos de su esposa y de sus amigos, el Gallego se negó a ir al Hospital Fernández para que lo atendieran porque se había juramentado no volver a la cárcel.

Consciente de su final, debilitado por la pérdida de sangre, llamó a su equipo que lo había acompañado en los últimos tiempos, a sus amigos más cercanos, que habían militado con él en el ERP y ahora eran parte del ERP-22 de Agosto y mandó a comprar una botella de whisky a la esquina. La tomó con sus compañeros a modo de despedida y murió a los pocos minutos desangrado.

Ante su deceso se improvisó un velorio en el departamento de la calle Charcas entre Julián Álvarez y Salguero. Un velorio sin crucifijos, sin sacerdotes ni extremaunción. Un velorio que se vivió como un acto de combate. Como una ceremonia pagana destinada a despedir a un compañero.

Se colocó a Palmeiro sobre una cama improvisada sobre el piso, rodeada de algunas velas, banderas y varias coronas con distintas inscripciones.

Estaba con su cabeza rapada y recién afeitado. Tenía puesta la camisa blanca que usaba para sus encuentros importantes, con el último botón sin abrochar y su pantalón beige de siempre. El mismo pantalón que usó cuando se fugó de la cárcel de Devoto.

En la pequeña habitación se encontraban personas que habían conocido al Gallego, compañeros que habían luchado con él y amigos que habían compartido momentos de júbilo y momentos de dolor, en distintas etapas de su vida.

No hubo llantos ni rezos. Algunos caminaban en círculo, mientras otros fumaban en silencio, recordando los momentos compartidos con el Gallego. Su muerte no se lloraba: se asumía.

Algunos recordaban las situaciones vividas por el Gallego. Otros las enseñanzas que les dejaron las horas que vivieron juntos. Palmeiro fue un hombre inteligente, que compartió sus conocimientos con los compañeros, para los que siempre tuvo una palabra de apoyo.

Se contaba una y otra vez cuando el Gallego había desarmado a un policía en el ferrocarril Roca, poniéndole un dedo en la espalda simulando ser un arma. Se hablaba de su generosidad, de su solidaridad y de su lucha.

Poco a poco sus compañeros se fueron acercando a la cama en la que yacía el Gallego. Algunos para despedirse y otros para cerciorarse de su

muerte sin poder creerlo. Para confirmar que era real, ya que para todos el Gallego era inmortal.

De pronto se hizo silencio y un compañero leyó en voz apenas audible un comunicado de la organización.

En el comunicado se mencionaba “su valentía, su coherencia y su entrega a la causa”. Se afirmaba que “su lucha y su muerte no serían en vano”. Que cuando se recuerden estos años difíciles, el Gallego sería recordado como alguien que eligió un camino peligroso convencido de que la injusticia no podía aceptarse sin luchar. Como alguien que creyó que el mundo podía ser distinto. Como alguien que creyó que había causas por las que valía la pena arriesgar la vida. Que su nombre se recordará como alguien que, en medio de la violencia ejercida por el poder, la combatió soñando con un mundo mejor.

Ninguno interrumpió la lectura ni, a su finalización, hubo consignas ni aplausos. La disciplina se respetaba aun en los velorios.

Una vez finalizada la lectura del comunicado, uno de los compañeros que había intervenido en muchas operaciones con el Gallego, pronunció unas sentidas palabras.

Lo despidió, diciendo que Palmeiro murió, pero que no se había ido del todo. Que hay personas que siguen viviendo en el recuerdo de aquellos que las conocieron. Que a veces el recuerdo vence a la muerte. Que el Gallego no había nacido guerrillero. Que se había convertido en guerrillero por la violencia ejercida desde el poder, cuando se empezó a llamar orden a la injusticia. Que se había convertido en guerrillero, cuando se cerró la vía del diálogo, cuando se guardaron las urnas y cuando la represión pretendió acallar las voces de protesta. Dijo que el Gallego Palmeiro no iba a ser olvidado. Que viviría en cada gesto de rebeldía: en cada alumno que se enfrentara a sus profesores, en cada trabajador que discutiera con sus patrones, en cada ciudadano que se alzara contra la injusticia.

Para concluir afirmando, que Palmeiro “había vivido lo suficiente para dejar preguntas hasta ahora no respondidas”.

La primera corona que llegó al departamento, decía “Familia Avompla”. La policía y el periodismo trataron de descubrir cuál era la familia que la había enviado.

Pero la corona no provenía de ninguna familia, sino que había sido enviada por el ERP-22 de Agosto y significaba “A vencer o morir por la Argentina”.

Entre las otras que siguieron llegando, mientras seguían pasando algunos compañeros a despedirse, se destacaban las que decían: “Tu Esposa”, “Tus Compañeros” y otra “Tu Hermano”.

La despedida fue breve pero sentida. Los compañeros se despidieron

del Gallego Palmeiro dándole un último adiós.

Fueron saliendo uno a uno, mezclándose en la calle con los vecinos que seguían con su vida de todos los días. Cada uno se fue con su dolor y con sus recuerdos. Se fue lamentando que no verían más al Gallego. Que no escucharían más su voz. Se fueron pensando que una parte de ellos también había muerto. Que una parte de ellos se quedaba en ese departamento.

Afuera la ciudad seguía funcionando como siempre. Los coches seguían circulando por Charcas como todos los días, mientras los vecinos pasaban caminando frente al edificio, sin sospechar el drama que se había desarrollado en uno de sus departamentos.

Irma Nesich, la esposa de Palmeiro, contó de esta manera a un periódico de la época, el último día del Gallego: "El ajusticiamiento de Quijada fue el lunes 30 de abril. El domingo 29 fue el último día que pasamos juntos en casa. Él me había comprado un *long play* de Carlos Di Fulvio sobre la muerte del Chacho Peñaloza y lo estábamos escuchando y charlando sobre nuestras cosas. Después fuimos a cenar a la casa de unos amigos y la pasamos muy bien. Había un lindo clima, jugamos al ajedrez, conversamos y escuchamos música. El Gallego no estaba nervioso, nunca lo estuvo antes de un operativo. Su vida era siempre normal. Se quedó a dormir en la casa de esos amigos y yo lo fui a despertar a la mañana siguiente. Lo desperté con un mate de leche, como a él le gustaba hacerlo todos los días. Charlamos un rato y después salió rumbo al lugar donde ajusticiarían a Quijada".

Contó después que lo volvió a ver a la tarde cuando ya estaba herido de muerte.

Una vez concluida la despedida, uno de los integrantes de la organización llamó a la Policía y a algunos periodistas avisándoles que había una persona muerta dentro del departamento.

En pocos minutos concurrieron efectivos de la Seccional 21 de la Policía Federal, cuyo destacamento se encontraba a pocas cuadras.

Más tarde, llegó al lugar una patrulla policial, que cortó el tránsito de Charcas entre Julián Álvarez y Salguero y una gran cantidad de efectivos militares fuertemente armados que dispersaron a la gente y a algunos periodistas presentes.

Posteriormente, entró al edificio un cerrajero que tenía su local a pocas cuadras para abrir las puertas del departamento y la Brigada de Explosivos, por temor de que se tratara de un engaño.

Mientras tanto, sus amigos seguían enviando coronas al lugar, llegando una por error al edificio de enfrente.

Por la tarde se hizo presente el doctor Mario Fernández Badessich, juez de la causa, acompañado por el secretario del juzgado, que

autorizó el retiro del cadáver, que fue trasladado en una ambulancia a la Morgue Judicial, confirmándose posteriormente que se trataba de Víctor José Fernández Palmeiro.

Una vez retirado el cuerpo, la policía recogió las coronas que se encontraban en el interior del departamento y la que había llegado al edificio de enfrente, las que fueron cargadas en una pick-up y llevadas a la comisaría 21 de Julián Álvarez entre Güemes y Charcas.

Por orden del juez de la causa, el edificio donde se encontró el cuerpo fue clausurado e inspeccionado el de la vereda de enfrente a donde había llegado por error la última corona.

Los policías revisaron el lugar cuidadosamente, mientras los brigadistas se cercioraban de que los guerrilleros no habían dejado ningún artefacto explosivo.

En el velorio sus compañeros pensaban que se había muerto el cuadro más valiente. El que consideraba que nada era imposible. El que no sabía de jerarquías, ni aceptaba un no como respuesta. Que se había muerto un referente de la juventud rebelde. Un testigo de una Argentina violenta. De una Argentina a la que a una venganza le sucedía otra venganza, a un atentado una represalia sangrienta. De una Argentina que se debatía entre el horror y la esperanza.

El Gallego Palmeiro no fue un héroe ni un mártir. Fue un joven que hizo de la militancia su razón de vida. Murió joven, pero no es la duración de la vida, sino la intensidad, lo que mide la existencia.

Vivió su vida en una época en que los enfrentamientos armados entre las organizaciones guerrilleras y las fuerzas de seguridad eran moneda corriente. En una época en que los diarios contaban mes por mes, cuántas personas habían muerto en esos enfrentamientos.

En un tiempo en que la muerte formaba parte del accionar político para tomar el poder o para conservarlo. En una época en la que Argentina vivió en un clima necrológico. En la que los diarios hablaban de la muerte y de la sangre como antes hablaban de la inflación o del tiempo. En una época que sirvió de preludio para que las fuerzas armadas implementaran un plan sistemático de detenciones arbitrarias, torturas y desaparición de personas, para aniquilar a la subversión en aras de “salvar a la patria”.

En una época que se utilizaba la palabra “patria” para ocultar oscuros intereses, aunque esto no cambió con el tiempo.

En una época en que la justicia siempre llegaba tarde, las veces que llegaba, aunque esto tampoco cambió con el tiempo.

Vivió en una época en que la violencia estuvo presente en la cotidianidad de los argentinos, como nunca antes lo había estado.

En una época en la que la violencia estaba naturalizada y la sociedad

acostumbrada a aceptarla. En una época en que la violencia había penetrado de tal manera en la cultura que tanto las organizaciones guerrilleras como las fuerzas militares no solo la aceptaban, sino que la justificaban.

En una época en que era común escuchar o leer que “la violencia de arriba genera la violencia de abajo”, “deberían matarlos a todos” o “en algunos casos el fin justifica los medios”. Se hablaba de la muerte como algo natural. Nunca el fin justifica los medios cuando se desconoce el concepto de persona y se olvida que cada persona es un fin en sí misma. No se reconocía al “otro” como persona, como un semejante, lo que llevó a aceptarse que podía ser torturado, asesinado o desaparecido.

La muerte sorprendió al Gallego Palmeiro en plena militancia, en acción, luchando contra lo que consideraba injusto y convencido de que la historia podía torcerse a través de la lucha armada.

El Gallego vivió de prisa porque el tiempo ya venía decidido. Somos tiempo y el tiempo nos devora. Vivir fue su acto, morir fue su sentencia. Su vida fue una elección. Su muerte, un destino inevitable.

La muerte del Gallego Palmeiro planteó un dilema moral: ¿dónde ubicar su alma en el imaginario viaje de Dante a través de los diferentes círculos del Infierno y del Purgatorio hasta llegar al Paraíso?

Mientras que sus amigos y compañeros de armas, la ubicarían en algunas de las nueve esferas del cielo, por su solidaridad y por su amor al prójimo. Los familiares de sus víctimas, los miembros de las fuerzas de seguridad y los defensores del orden establecido, no dudarían en colocarla en el Séptimo Círculo del Infierno, donde se castiga a los asesinos y a quienes se dejaron llevar por la violencia.

La decisión, sea cual fuere, dejará siempre una duda porque nadie es solo héroe o solo verdugo. Todos llevamos dentro una chispa de Infierno, de Purgatorio y de Paraíso. Pero más allá del juicio moral, su muerte marcó un punto de inflexión. Fue una señal temprana de que la Argentina se encaminaba hacia un abismo mayor hasta desembocar en el terrorismo de Estado. La muerte del Gallego Palmeiro no explica la historia argentina, pero ilumina un fragmento de un país que se debatía entre la violencia y la esperanza, entre la revolución y el orden, entre la utopía y el miedo. Un país que no supo –o no quiso– encontrar un camino distinto antes de que la tragedia se volviera política de Estado.

El Gallego murió creyendo que la historia podía torcerse. La historia, en cambio, lo arrastró consigo.

Agradecimientos

A Christian, Antonella, Romina, Claudia y a todos los integrantes de la Editorial Autores de Argentina que me acompañaron en la aventura de editar mi libro.

A todos los que permitieron que la historia del Gallego y de una de las épocas más violentas de la historia política de la Argentina se conociera.

A mis amigos de Villa Carolina que me aportaron información sobre la vida de Vetín y de Gonzalo en el barrio.

A mis amigos Carlos, Ronnie, Gustavo, Alejandro y Alicia que leyeron los primeros borradores y me acercaron ideas para continuar.
A Mercedes, que ante mis continuos comentarios sobre la posibilidad de llevar al cine la vida del Gallego, para lo cual debía contratar a un escritor para contarla, me impulsó a que fuera yo quien la escribiera.

Por último, quiero agradecer a los lectores que me regalen su tiempo para leerla y que hagan posible que esta historia se difunda.

Me gustaría para finalizar invitarlos a que me hicieran saber su opinión sobre el libro a mi mail:

rafer547@gmail.com.

Todo libro es el final de un camino para contar una historia, que no tiene ningún valor si no somos capaces de contarla y de hacer que se difunda.

Sobre el autor

Raúl Alberto Fernández nació en Buenos Aires, en el barrio de Palermo, en 1947. Fue periodista y es abogado, recibido en la Universidad de Buenos Aires. Se desempeñó como juez del trabajo en la Justicia Nacional. Está casado, tiene tres hijas y cuatro nietos.

Sinopsis

El gallego relata la vida de un joven militante desde sus primeros años en el barrio de Palermo hasta su etapa obrera en Dock Sud, donde la memoria familiar, la militancia y la muerte se entrelazan en un mismo hilo narrativo.

Recorre su paso por las organizaciones guerrilleras y reconstruye no solo el relato de sus acciones, sino también el clima de una Argentina convulsionada, en la que miles de jóvenes eligieron el camino de la lucha armada como herramienta política, con todas sus contradicciones y consecuencias.

El gallego combina la memoria íntima con el análisis histórico, analizando el surgimiento, el crecimiento y las tensiones internas de las organizaciones armadas que marcaron a gran parte de una generación. Ofrece también una mirada humana y crítica sobre una época que aún divide opiniones, pero cuya comprensión resulta indispensable para pensar la Argentina contemporánea.

Se trata de una crónica emocional y descarnada sobre una vida breve pero intensa, la de una persona que dejó huellas en la memoria colectiva de una época en la que la esperanza, la violencia y el horror aún se recuerdan.

Este libro, que relata momentos que parecen sacados de una novela de ficción, constituye una memoria personal que transita de lo individual a lo colectivo, donde una generación creyó que cambiar el mundo a través de las armas era posible y lo intentó todo. Es una historia que interpela, emociona y sigue vigente.

Libro editado por

Editorial Autores de Argentina